

En Washington, el Presidente Jackson, tipo acabado de conquistador, militar de verdad, se divirtió con su prisionero. Lo recibió una vez, le advirtió que no podía tomarlo en serio oficialmente porque el Ministro de México protestaba de que se le tomase en cuenta; ya no era Presidente, pero, en fin, podía contar con la protección que los Estados Unidos acuerdan a los desterrados. Santa Anna, en cambio, ofrecía. "Todo era que él estuviera en México y las cosas se arreglarían". El nuevo gobierno de México se rehusaba a reconocer la independencia de Texas, pero él se haría del poder y probaría a los texanos, "lo mucho que les agradecía sus buenos tratamientos". Además, pagaría las indemnizaciones por todos los daños causados a nacionales de Estados Unidos, en las distintas revoluciones. Jackson hizo como que se dejaba convencer. Por fin, nos lo lanzó de nuevo a México.

Y ocurrió lo más bochornoso. Cuando el mismo Santa Anna dudaba y temía que en México lo esperara el presidio, el pueblo de Veracruz salió a recibirlo y las autoridades declararon "día festivo el día del desembarco del traidor". Gentes ambiciosas de restablecer un régimen de abuso y sangre lo escoltaron hasta Manga de Clavo. Allí pretendió sincerarse publicando un "manifiesto". A nadie le pasó por la cabeza la idea de que los actos de Santa Anna sólo podía juzgarlos un Tribunal Militar. En cualquier ejército del mundo civilizado, los generales y oficiales en masa hubieran renunciado por sólo el hecho de que siguiera titulándose general a un hombre con proceso pendiente, como Santa Anna.

Pero no eran mejor que el los otros. Pronto la oficialidad de uno de los cuerpos de la capital daría una muestra de su santanismo. Reunida en una pastelería y casa de diversión de Tacubaya, después de embriagarse todos y de golpear al propietario francés, prendieron fuego a lo que no habían roto. La reclamación respectiva, unida a otras de súbditos franceses, dió lugar a lo que se ha llamado la guerra de "Los Pasteles".

Gobernaba de nuevo el país don Anastasio Bustamante, que tomó posesión el 12 de abril de 1837. Sostenía Bustamante la Constitución Centralista y esto daba pretexto a que se pronunciaran los federalistas. Fueron sofocados varios pronuncia-

mientos, pero no supo Bustamante atender a las reclamaciones francesas, incluso la de "los pasteles", y con beneplácito del mundo, pues extranjeros y mexicanos sufrían bajo la soldadesca, los franceses bloquearon a Veracruz. El 27 de noviembre fué bombardeado Ulúa. Veracruz capituló, pero el gobierno no aprobó la capitulación. Y volvió a entrar en acción Santa Anna. No pudo Santa Anna evitar que los franceses avanzaran más allá del puerto, pero como en la escaramuza perdió una pierna, eso fué bastante para que la ignominia pública lo convirtiese otra vez en héroe. El gobierno firmó un tratado vergonzoso obligándose a pagar más de lo que debía, pero Santa Anna había quedado *rehabilitado de hecho*. De las desgracias nacionales, seguiría este hombre funesto haciendo fortuna.

El 18 de marzo de 1839, dejó el poder Bustamante con el pretexto de ir a sofocar una revolución por Tampico. Al partir, entregó la presidencia nada menos que al felón de la guerra de Texas, al traidor Antonio López de Santa Anna. ¡El Presidente Jackson estaba servido!

Pero Santa Anna entregaba el poder cada vez que lo veía comprometido. No tenía valor para afrontar responsabilidades y confiaba únicamente en el golpe afortunado, en la crueldad con que fusilaba a sus rivales, como, por ejemplo, al general Mejía. Volvió al poder Bustamante y el 15 de junio de 1840 se pronunciaron Urrea y Gómez Farías. No triunfó la rebelión, pero el ambiente de inquietud se hacía insoportable.

Fué entonces cuando don José María Gutiérrez de Estrada hizo pública la idea de establecer en México una monarquía con príncipe extranjero y como un medio de poner término a la situación angustiosa que, de paso, nos ponía a merced de los Estados Unidos. Los de Gómez Farías, por su parte, llamaban traidores a los de Gutiérrez Estrada, porque ya tenían tratada la entrega de México a los Estados Unidos.

A consecuencia de una revuelta de militares, cayó Bustamante, y después de un interinato de un D. Javier Echeverría, resultó Presidente el héroe del Alamo, Santa Anna. Otra vez dejó la presidencia en manos de un satélite y se fué a su hacienda. Bajo el interinato de Bravo se cambió la Constitución

promulgándose, en junio de 1843, lo que se llamó Bases Orgánicas. En las elecciones verificadas conforme al nuevo Código, salió electo o reelecto Santa Anna. El país, como enfermo desahuciado, había llegado a amar su llaga.

En esto se pronunció Yucatán exigiendo una Constitución federalista. Los móviles eran estilo Texas. El 1° de octubre de 1841 se declaró Yucatán República Independiente. Derrotados los contingentes enviados por Santa Anna, el asunto, al fin, se arregló patrióticamente en 1843.

Las onerosas contribuciones, dice Pérez Verdía, la dictadura militar, los despóticos actos del gobierno, la continua violación de las leyes y la mala administración de Santa Anna que producía déficits del cincuenta y uno por ciento, provocaron la rebelión de Arrillaga y la creación de una Junta que exigía que Santa Anna se separase del gobierno. Santa Anna quiso oponerse; reunió tropas, pero con su habitual incapacidad, quedó derrotado, fué hecho prisionero. La Cámara le impuso un destierro y parecía, que, al fin, México se libraría de la vergüenza de aquel hombre.

De Presidente quedó D. José J. Herrera, a quien tocó recibir la declaración de guerra de Estados Unidos.

### LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

El Estado Mayor Norteamericano había completado sus planes. A Jackson había sucedido en la presidencia Polk, que, como todos sus antecesores, continuó la política de expansión. El pretexto lo dió el reconocimiento que los Estados Unidos hicieron de la Independencia de Texas, lo que determinó el retiro del Ministro mexicano de Washington. En México, la soldadesca creyó llegada su hora. Era inútil que el prudente Herrera procurara hacer la paz a cambio de concesiones. Se impuso un nuevo Napoleón en la persona de un tal Paredes de Arrillaga, que antes de batir a los yankees traicionó al gobierno arrojando del poder a Herrera y ocupando la presidencia.

Naturalmente, el nuevo Napoleón, que alegaba la necesidad de un gobierno militar "por causa de guerra extranjera", de todo se ocupó menos de la guerra. En plena crisis de invasión

apoyó el plan descabellado de entregarle el poder a un príncipe español para constituir la monarquía. Entretanto, Yucatán volvió a declararse independiente y Campeche proclamó "su neutralidad en la guerra con Norteamérica". El federalismo sostenido por Poinsett y Gómez Fariás, daba sus frutos en el instante más crítico de la historia nacional.

Al frente del ejército invasor del Norte, venía Zacarías Taylor. Basta ver sus retratos y comparar su fuerte cabeza de conquistador romano, con la frente hundida, los ojos extraviados de Santa Anna, para adivinar el resultado inevitable. Taylor, además, mandaba un ejército. La oficialidad del nuestro era santanista; es decir, como la que provocó la guerra de "los Pasteleros", por robar un establecimiento público, una oficialidad acostumbrada a vejar a la población civil y desarmada. El cuatro de marzo de 46, tomó Taylor a Punta Isabel. El 8 de mayo de 1846, derrotó Taylor a Arista en Palo Alto. De uno y otro lado combatieron tres mil hombres. Al día siguiente, en la Resaca de Guerrero, Arista, que se retiraba habiendo salvado sus elementos, se encontró con el enemigo, pero no dió importancia al caso, dice Pérez Verdía; se puso a despachar su correspondencia. Y perdió las municiones, la artillería y la correspondencia. En Matamoros, por otro descuido, dejó abandonadas más municiones con heridos y prisioneros. Acribillado, se replegó hasta Monterrey. Lo enjuiciaron, pero unos años más tarde se le hizo Presidente. Pues tal parece ser el premio que reservamos para los grandes culpables de nuestra historia.

Mientras Taylor continuaba su avance victorioso por el Norte, en Guadalajara se pronunció un tal Yáñez. Entonces el Napoleón Paredes tuvo que huir. Uno de los pronunciados, Mariano Salas, convocó al Congreso y éste consumó el parto de los montes: *nombró Presidente a Santa Anna*, que aplazando sus peleas de gallos en La Habana, se hallaba en el país esperando la hora prevista por Jackson. Para la consumación de la derrota y la vergüenza, Santa Anna era el hombre necesario a los Estados Unidos. En la silla presidencial colocó Santa Anna a otro conjurado del yankee, a Gómez Fariás, y se lanzó a la campaña del Norte. La presencia de Santa Anna en el campo era peor que una derrota; era el desastre acompañado de la deshonra.

Cuando Santa Anna llegó a San Luis con tres mil hombres, Ampudia, que sustituyó a Arista, después de combatir un poco había abandonado a Monterrey, escapando con cuatro mil hombres que se incorporaron a Santa Anna.

La táctica genial del Generalísimo se demostró en seguida, pero en favor del enemigo. Tres meses perdió en San Luis con el pretexto de disciplinar tropas. Y sin razón mandó evacuar Tampico que, en seguida, ocuparon los yankees.

Por el Paso del Norte entró otra columna americana a las órdenes de Doniphan. El 1º de marzo de 1847, ocupó a Chihuahua. El General Kearny invadió a Nuevo México en 1846. Y el Coronel Fremont se internó en California, que declaró parte de la Unión, llegando victorioso a San Francisco el 9 de julio de 1846.

Historiador de juicio tan pusilánime como Pérez Verdad dice refiriéndose a esta época: "Se manifestaba, por desgracia, en el país, cierta frialdad y falta de patriotismo, pues sólo los Estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, San Luis, Aguascalientes y el Distrito Federal proporcionaban contingente de sangre, fuera de aquellos que rechazaban la invasión de su mismo territorio. Y en la capital se hostilizaba al gobierno porque apelaba a medidas severas para lograr del clero una cantidad que no había querido prestar".

En enero de 1847 salió nuestro ejército de San Luis para atacar a Taylor. Por el número de las tropas no quedaba atrás, pues se habían juntado dieciocho mil hombres. Pero mandaba Santa Anna. En las marchas resultaron fuera de combate cuatro mil. En el sitio denominado La Angostura se hallaba parapetado el ejército invasor. El combate fué encarnizado; todo el mundo está de acuerdo en que la victoria se inclinaba ya del lado mexicano. En ese instante Santa Anna ordenó la retirada. En el primer combate de su vida en que había estado a punto de ganar, por la superioridad numérica y a pesar de la torpeza de sus disposiciones, Santa Anna, que estaba poseído de complejo de inferioridad por sus derrotas texanas, echó a correr en el instante de la victoria. ¡Con razón Jackson lo había elegido para ser jefe de México en la guerra que con anticipación se aguardaba!

Como de costumbre, Santa Anna se puso a salvo, abandonando a sus tropas que, en la retirada, se dispersaron.

### OTRO EJERCITO YANKEE APARECE EN LA COSTA

El 9 de febrero desembarcó Scott en Veracruz con trece mil hombres escogidos, disciplinados. La guarnición mexicana de tres mil y tantos hombres capituló después de alguna resistencia. Santa Anna mandó poner presos a los que habían entregado la plaza. Y para "lavar la deshonra de Veracruz", salió de la capital el General Santa Anna, que con cerca de nueve mil hombres, esperó al invasor en Cerro Gordo. Scott derrotó a las fuerzas mexicanas, que abandonando a Orizaba se replegaron a Puebla. Sin embargo, Worth entró a Puebla, sin combatir, el 15 de mayo.

En la capital se encerró Santa Anna. Reunió dieciocho mil hombres, pero no se proponía combatir. Al contrario, mandó pedir a Scott un millón de pesos para entregarle la plaza. Scott no aceptó. Ni esta negociación, de cuyas pruebas existen copias en la Biblioteca de Austin, ha bastado para el descrédito de Santa Anna, que en cada generación produce algún zote que califica de astucias sus peores infamias. Lo cierto es que Santa Anna cumplió con Scott. Pues se quedó contemplando tranquilamente la toma de Chapultepec y el sacrificio de los cadetes, sin mover, para salvarlos, uno solo de los doscientos mil hombres que había en la ciudad de México y que presenciaron el asalto como un espectáculo.

En las Memorias de Grant se cuenta la táctica que empleaban los yankees. Atacaban un recinto fortificado, simulando gran ardor: "ese día las tropas mexicanas se batían bizarramente y rechazaban al enemigo". En la noche, dice Taylor, "se entregaban a grandes festejos para celebrar la victoria; el ataque formal lo consumábamos al día siguiente, en que los oficiales, desvelados y desalentados, destroncados por el exceso, se entregaban casi sin resistencia".

De intento incluyo estos datos en nuestro texto. Disfrazar la deshonra con la mentira es una segunda deshonra que

sólo ha servido para perpetuar la llaga viva de nuestro militarismo. Un ejército profesional jamás defiende bien a la patria. Sólo sirve para oprimirla. Si las nuevas generaciones no se hubieran emborrachado con frases necias como la que se atribuye a Anaya: "Si hubiera parque no estaría usted aquí", hace tiempo habríamos comenzado a ver claro en nuestra desgracia. El no tener parque no es excusa, simplemente prueba que no había generales, pues si hubiese habido dirección, no habría faltado parque. A Scott nunca le faltó, y eso que lo traía desde Nueva York. Pero la manía de celebrar derrotas se ha hecho a tal punto hábito nacional, que nadie se extraña, como no sea el extranjero, que ve todo eso con pasmo. Ya hicimos observar en capítulo anterior, que la glorificación de Hidalgo y de Morelos no es otra cosa que uno de los ejemplos, el más tolerable, de este hábito. Pero hay otras glorificaciones que recuerdan la vergüenza infinita de aquel Veracruz vestido de fiesta. . . "porque se había largado Lorencillo" . . . También cuando Santa Anna salió del cautiverio de Texas, dejando en manos de Houston todo el honor nacional, en México se echaron a vuelo las campanas. Ahora bien: en todos los pueblos hay traidores y hay ineptos, pero lo que no ocurre sino en las más sombrías decadencias, lo que casi no tiene precedente en la historia civilizada, es la glorificación de los culpables. Toda la conducta de Santa Anna la explica su carácter felón. Pero la mancha que no puede borrarse es que aquel hombre hubiera vuelto a tener ingerencia en los asuntos públicos del país que había deshonorado y se deshonoraba más aún perdonándolo. Lo que aniquila la esperanza en la raza, es que exista todavía quien pretenda justificar a Santa Anna para disculpar a sus imitadores contemporáneos.

En las relaciones norteamericanas de la campaña contra México, se insiste a menudo en la emoción de los jefes que en los asaltos que prepararon la toma de la capital, se sentían como si revivieran las hazañas inmortales de Cortés. Ya hubieran querido para sí Santa Anna y los santanistas, el valor de los aztecas en la defensa de su imperio.

En cambio, está justificada la satisfacción de los jefes yankees que con menos de cincuenta mil hombres dominaron el gran

país que había sido la Nueva España. De parte de los nuestros, ya no había sido la Nueva España. Una colección de bastardos repetía de memoria trozos mal conocidos de la leyenda napoleónica; pero el secreto de la táctica de aquellos territorios y el modelo de la gloria que era Cortés, lo habían olvidado. El vencedor lo recordaba. Por eso derrotaba con facilidad a aquella chusma santanista, a aquellos militares de honra perjudicada, fusiladores por diversión, nunca generosos, y, por eso mismo, tampoco jamás victoriosos.

Unos cuantos años antes, una plebe degradada de aquella misma ciudad que se veía conquistar por un puñado de extranjeros, había pretendido extraer de su sepulcro las cenizas del gran Conquistador. Gente piadosa tuvo que esconder los restos de Cortés, a fin de salvar, como dice muy bien Alamán, "el honor de los mexicanos". Pero la afrenta, aun sin consumarse, aguardaba reparación. El castigo era Scott. El nuevo conquistador hablaba inglés. Ya podían regocijarse los políticos a lo Gómez Fariás y los intelectuales antiespañoles; pegónos el yankee en nombre de la ciencia militar a lo Cortés.

Una bandera anglosajona flotaba en el Palacio de los Virreyes y la casta de los serviles, numerosa en aquel medio pretorianizado, empezó a adular a Winfield Scott. Y se multiplicaban los agasajos y aun se dice que hubo quien le propusiese "que no se retirase, porque daba garantías"... Si, el extranjero libraba a la pobre sociedad mexicana de los atropellos de la oficialidad de su propio ejército, oficialidad raptora de doncellas, escandalosa en la ebriedad, tal y como se mostrara en Tacubaya en el episodio que dió lugar a la guerra de "los Pasteles". El Ayuntamiento, las Comisiones de Notables, buena parte de la sociedad mexicana, se ocuparon de hacer grata la presencia de Scott y sus oficiales, en la vieja Anáhuac que se había olvidado de ser española.

¿Y Santa Anna? Consumada su nueva traición, aunque no le pagaron, según parece, el millón de pesos, si tuvo que esconderse. No porque en México a nadie se le ocurriese la justa idea de matarlo, sino por miedo a los texanos. Entre las fuerzas del Norte venían texanos y éstos no quitaban el dedo del renglón:



"Remember the Alamo". ¡Qué bien estaría Santa Anna en la punta de una bayoneta!

Santa Anna, escondido, sonreía. Qué sabían aquellos pobres rangers quién era su Alteza. Su Alteza estaba protegida por Scott, así como antes había estado protegida por Houston. Fué sino de Santa Anna el deberle la vida miserable a los mismos que lo habían vejado. Por entre las filas yankees salió Santa Anna rumbo a Veracruz, donde lo embarcaron. Había cumplido sus compromisos con Jackson y el Imperio es siempre agradecido con sus servidores. No le rendían honores que no se dan al traidor, ni entre los que se benefician de la traición, pero le salvaban la perra vida y los dineros. Y todavía pudo Santa Anna instalarse en Temuco, de la costa colombiana, donde fundó un garito y una plaza de gallos.

El país perdió la mitad de su territorio, pero hubo algo peor. Y es que aún no se libraba de Santa Anna. Cuando se resolvió arrancarnos otra zona territorial, además de lo que ya nos quitaban los tratados de Guadalupe, el Intelligence Service Yankee se las arregló para que Santa Anna fuese otra vez Presidente y formulase, ofreciese, el tratado Gadsden, que nos quitó la Mesilla de Arizona. Repitamos que no es culpa todo esto de Santa Anna; es culpa de la nación que padecía la ignominia en que cae todo pueblo en que manda el ejército.

Para que los jóvenes de México recobren la idea de lo que es el honor militar, recuerden lo que habría hecho cualquier general japonés en el caso de Santa Anna en Texas, en La Angostura, en dondequiera que anduvo. No hubiera llegado a la veinteava infamia, porque en la primera se habría aplicado el hara-kiri, el corte del vientre con sus propias manos, para lavar el honor. Los jóvenes que aman la gloria recuerden que ésta no se conquista sin el honor. Y si en países cristianos el hara-kiri, por fortuna, está suprimido, hay, en cambio, la sanción que impone la honra misma de las corporaciones; ella obliga a excluir a los que una vez han faltado. Y siempre se puede rehabilitar la más grande falta, pero no por medio de decretos que suspenden la acción de los Tribunales; la rehabilitación viene después del castigo, no antes. Así, por ejemplo, Santa Anna pudo re-

dimirse, purgando primero una condena por lo de Texas; después, cuando vino la guerra yankee, pudo rehabilitarse, pero saliendo de la cárcel donde debió hallarse, a las filas del ejército como soldado raso, nunca como general. Esto hubiera sido rehabilitación; lo que ocurrió fué tan vergonzoso que no lo recordaríamos si no fuese porque periódicamente aparecen almas de confusión y de insensibilidad para la honra que pretenden, no sólo exculpar a Santa Anna, sino presentarlo como una especie de héroe que "amaba la gloria". La gloria es el honor en grande, honor sublime. ¡Quien no tuvo honor no pudo sospechar lo que es la gloria!

Los Tratados de paz llamados de Guadalupe, firmados por un Presidente Provisional, nos quitaron a Texas hasta el Bravo, Nuevo México, poblado hasta hoy por mexicanos, Arizona y California. Lo más vergonzoso de los Tratados fué la forma de compra de tierras que se les dió, desde el momento en que se aceptaba la indemnización de quince millones de pesos. Por quince millones vendimos a la esclavitud a nuestros hermanos de Nuevo México y de California, sin consultarlos. Mucho más honroso habría sido aceptar que el vencedor tomase lo que quisiese, pero sin manchar a la patria con el oro de una conquista que se acepta y se valúa. Pero, ¿quién podía entender de honor en una patria que tenía por héroe a un Santa Anna?

### *LA GUERRA DE CASTAS EN YUCATAN*

A mediados del cuarenta y siete, mientras el centro del país era ocupado por las tropas yankees, los indios de Yucatán se sublevaron. Y se vió allí en pequeño lo que llegaría a ser la tesis de Poinsett, el día que triunfase en todo el territorio el plan de la vuelta a lo indígena, la recomendación de la matanza de los blancos. Llegaron los indios hasta Valladolid, preciosa ciudad creada por los españoles, y no dejaban vivos niños ni mujeres. La población criolla del Norte de la Península, amenazada de esta suerte y abandonada del Centro que no mandaba sino militares que llegaban a tiranizar, anduvo ofreciendo la soberanía de Yucatán a quien la quisiese, a los Estados Unidos, a Inglaterra, a España. Y tuvieron razón. La vergüenza de estos sucesos no

es de los yucatecos, es toda entera nuestra en el Centro, es toda de la podrida nación de los pronunciamientos. Piénsese en las familias civilizadas que vivían bajo la amenaza de indios salvajes en Yucatán y Chihuahua y en Sonora y en Coahuila, y véanse los retratos de los Presidentes, el número de galones, de cintas, de medallas que cada general se gastaba, y se entenderá toda la tragedia de la época. Se condecoraban todos unos a otros, pero nadie cumplía con su deber.

### LA TRAGEDIA DE CALIFORNIA

La población de Nuevo México, más compacta y colocada en una llanura se entregó al vencedor. Y como sus tierras no son extraordinariamente codiciables, no hubo propiamente lucha. Y se ha mantenido allí la raza laboriosa que, hasta donde es posible bajo una conquista, ha conservado no sólo ciertas propiedades, sino también una fracción del poderío político. Y es curioso observar las aldeas nuevomexicanas y ciertos barrios de viejas ciudades como Santa Fe. En ellos vemos lo que pudo ser México sin la pandilla que lo ha estado destruyendo desde el poder. No hubo en Nuevo México prédicas disolventes, ni expulsión de españoles, ni generales Presidentes, y es allí donde los mexicanos han mostrado mayor resistencia a la penetración extranjera, mayor empuje para la defensa de sus derechos. En los últimos años, las oleadas de población anglosajona han sumergido a los nuestros; eso no obstante, es allí donde lo mexicano se ha conservado con mayor decoro.

Pero donde la tragedia alcanzó las proporciones de lo sublime, es en la tierra hermosa de California. Estaba poblada escasamente la provincia, pero con raza escogida de sangre española y mexicana. Una pequeña aristocracia de la tierra se había desarrollado celosa de su tradición hispánica. Con tal celo, que todavía hoy nadie recuerda los treinta años funestos en que aquel territorio perteneció a nuestra nación, sino que todos colocan su abolengo y su orgullo en el período constructivo que vió aparecer las misiones y las Iglesias barrocas, los campos de olivos y las haciendas en que aun se practica la pisa de la uva. No había soldados en este territorio, es decir, no había

mercenarios profesionales; quizás por eso mismo fué California el único territorio que se defendió de la conquista yankee con positiva gallardía. Para ninguno de los conquistadores fué más dura la tarea que para Fremont, el vencedor de Stochton y San Francisco. Todo porque en California los rancheros organizados en guerrillas defendían el hogar y no peleaban por ningún Santa Anna; peleaban por la patria. Y aun se hizo célebre una táctica guerrera peligrosa, inventada por los californianos: se dejaban perseguir de las fuerzas yankees, aparentaban la huída y, de pronto, ya que escaseaba el número de perseguidores, se volvían con furia y a menudo extinguían corporaciones enteras de yankees.

Nadie ha cantado la gloria militar de estos héroes verdaderos cuya "saga" debía ser material de nuestras escuelas públicas. Y ejemplo de una verdad manifiesta o sea que allí donde no llegó la corrupción de los gobiernos, allí donde el país se conservaba español, la resistencia mereció los honores de la epopeya. Una verdadera literatura existe en inglés sobre la conducta de estos valientes, con quienes a la postre el yankee hubo de pactar, reconociendo a algunos el derecho sobre sus tierras, incorporando a otras al nuevo orden de cosas.

Por desgracia, cuando se llega a los convenios es porque ya perecieron los mejores en la pelea. Y también por desgracia, en el choque ocurrido tenía que desaparecer lo méxico-español, que era como flor delicada de humanidad, estrujada de pronto por las avanzadas brutales de una raza joven que desbordaba de apetitos.

No sólo en la literatura. Aun al cine ha llegado ya la epopeya de esta California que fué nuestra por la sangre y que, en parte, salvó nuestra honra en el año de cuarenta y siete, tan funesto para todo el resto de la nación, funesto más que por lo que se perdió, por el modo de perderlo. Anda en el cinema una vista titulada "El Robin Hood de El Dorado", Joaquín Murrieta. Se trata de una ficción extraordinariamente significativa. La época ya no es la de la guerra de conquista, sino la del descubrimiento de los placeres de oro, y los efectos de la conquista con su irremediable desplazamiento de la raza vencida en favor de la ven-

cedora. Con el pretexto de los denuncios de fundos mineros, los pequeños propietarios mexicanos y los grandes, son desposeídos por medios salvajes. Una de las victimas es Joaquín Murrieta, personaje histórico más o menos modificado en la versión de la pantalla, pero eminentemente representativo. A Murrieta le roban la tierra, le violan a la mujer recién casada. Un amigo yankee generoso se ofrece a patrocinar sus reclamaciones. En vez de justicia, Murrieta padece nuevos atropellos. En el camino a la propiedad del hermano, Murrieta se topa con un bandido que roba y mata en la región, por gusto y por venganza. Murrieta se niega a hacer causa común con él. Murrieta busca personal venganza. En una especie de gruta encuentra a uno de los que asaltaron su casa y violaron a la mujer, lo desafía y lo mata. El bandido que ha presenciado la escena se queda con el dinero del yankee. Poco después, Murrieta es azotado públicamente por un grupo de linchadores. El bandido lo recoge, lo cura, y, por fin, lo hace jefe del pequeño grupo que aterroriza la comarca. Pero aun con Murrieta, los bandidos andan sin programa. Parecen cabecillas mexicanos que gritan las frases de tal o cual plan, pero no entienden lo que dicen ni tienen capacidad para llevarlo adelante, si el azar les depara el triunfo. Una noche, Murrieta asalta y comienza a robar, ya no a los norteamericanos, sino al grupo de hacendados mexicanos que celebraba una junta para ver el modo de defender sus tierras de los negociantes yankees que las usurpaban. Lo mismo que en el México, de hoy, los agentes yankees corrian la versión de grandes riquezas de los hacendados incitando a los mexicanos de la clase baja para que los despojaran, los degollaran. Detrás de los despojadores a lo villista, a lo zapatista, llega el Banco de Morrow a comprar o compra el primer extranjero que puede obtener garantías. Murrieta y sus bandidos también vivían engañados. Pero al quitarle el anillo Murrieta a una de las jóvenes aristocráticas de mantilla y peineta, reconoció a la hija de un antiguo patrón y le devuelve su sortija. La joven, entonces, le dice que si no devuelve sus alhajas a todos los demás, que ella no acepta preferencias. Murrieta vacila y la joven le explica: Todos estos hacendados son tan víctimas de la nueva situación como vosotros; todos somos mexicanos; ya no asalten a los mexicanos con el pretexto de que

son ricos. La unión nos hará fuertes. Murrieta comprende. La joven que ha tenido algún desengaño y ha quedado desposeída de sus tierras, se une a la partida de Murrieta y acaba por convencerlo de que deben retirarse a México a comprar tierras con el dinero robado a las diligencias... El bello sueño del retorno a México, lo que es México, sentimos el engaño aun reconociendo la galantería del autor de la película... Pues, ¿quién ignora la suerte que han corrido los propietarios mexicanos? Lo más bello del film es la bravura, la pasión con que el pequeño grupo de mexicanos desposeídos de patria, monta a caballo, danza con sus mujeres de largas piernas y angosta cintura nerviosa, mientras uno a uno van cayendo en la pelea. Cuando cae también la aristócrata que llegó a ser alma del grupo, se comprende la eficacia del método de toda conquista que logra destruir las capas superiores, los individuos selectos. En seguida la masa se somete. En el río revuelto, unos cuantos de la raza vencida se apoderan de parte del botín, se sueñan propietarios, pero pronto lo mejor pasa a los conquistadores nuevos y la nación derrotada se convierte en proletaria. Mueren cantando y danzando con bríos los valientes californianos que defendieron su tierra palmo a palmo y siguieron vistiendo sus monturas a la española y las mujeres sus encajes y pañolones; rezando todos en el altar de sus mayores al aire libre, sin las leyes malditas que vedan el culto externo. Por lo menos, los de California se verían libres de Juárez, tal y como no les alcanzó la vergüenza de Santa Anna.

En la derrota de California sobrevive el orgullo de ser mexicano. Allí hubo honor. Y no es tan malo perder, sino perder a lo Santa Anna. Los años han pasado, y como la conquista liquidó las aristocracias de toda la zona recién dominada, los supervivientes no atan ni desatan y de toda aquella gente hermosa que ha dado personajes nobles a la literatura californiana, ya no va quedando sino el pocho, que, ese sí, encuentra imitadores en el interior de nuestro país y en su política.

### *EPILOGO SANTANESCO*

El odio de los texanos nos había librado de Santa Anna, que bajo la protección del alto comando yankee y en pago de

sus servicios de traidor, fué puesto a salvo fuera del país. Pero apenas consumado el retiro de las tropas yankees, la soldadesca que gobernaba en México empezó a echar de menos a su héroe. En vano una reacción tardía del decoro público elevó a la presidencia a un hombre inepto pero honrado, D. Mariano Arista. Ocurrió lo que tantas veces se ha repetido después y demuestra que no son hombres honrados lo que falta, sino decisión, solidaridad de la opinión pública para sostenerlos. Además, ¿quién era Arista si no un pobre militar mediocre, un hombre sin luces, un mérito negativo: el no robar entre ladrones?

Unas elecciones generales después de la ignominia de la ocupación yankee hubieran sido el medio de purificar un tanto el ambiente, hubieran abierto paso a una generación nueva. Pero nadie piensa en estos medios de higiene cuando el enfermo padece cáncer que ya no le permite ponerse en pie. Rodeado Arista de políticos ambiciosos y de militares sin honra, no pudo satisfacer a los que exigían dinero, y nuevas revoluciones lo echaron abajo. Hasta que sucedió lo increíble. Destituído Arista y nombrado Presidente un tal Cobos, primero, y luego un tal Lombardini, un buen día resultó otra vez Presidente el incalificable Santa Anna, o más bien dicho, resultó Santa Anna Presidente de un incalificable país, que desahuciado se abrazaba a su gangrena.

Como es natural, apenas vieron las yankees en la Presidencia a Santa Anna, les volvió a entrar la codicia de tierras. Y ocurrió el llamado Trato de la Mesilla, o sea que Santa Anna vendió la región Sur de Arizona, el 13 de diciembre de 1853, embolsándose una indemnización. La operación fué proclamada como *triunfo diplomático de México*. Los últimos años del gobierno de Santa Anna fueron de farsa pública increíble. Sin preocupación alguna del futuro, los conservadores se adhirieron a la personalidad de su Alteza, y padecemos el bochorno de que un hombre que constantemente había traicionado a su patria y que un militar que constantemente había deshonrado su espada, llegara, por obra de la adulación pública, a las estrofas del Himno Nacional que compuso el pobre sujeto Bocanegra y que no sé cuántas generaciones de mexicanos repitieron con servilismo de incomprensible estulticia.

La revolución liberal que derrocó a Santa Anna, contó con el apoyo de todo el país; representaba una esperanza, pero sobre todo, era el medio de acabar con toda aquella peste de gente que ni el cólera morbo, que por entonces asoló a la República, había podido extirpar.





## LA GUERRA DE TRES AÑOS





Se ha llamado así al periodo de lucha civil que comienza con el Plan de Ayutla y termina con la Intervención Francesa y el Imperio.

La vuelta a la Dictadura bajo Santa Anna determinó un estado de desesperación nacional. Todo era legítimo para derrocar aquel régimen, y eso que lo apoyaba el único estadista que México ha producido, el insigne don Lucas Alamán. El mismo Alamán cometió el gran error de su vida, tomando de caudillo a un Santa Anna. El error era de los conservadores que no habían aprendido nada de su fracaso con Iturbide. Con Santa Anna quisieron hacer otro Iturbide. Y Santa Anna hizo lo que Iturbide: encarcelar a sus enemigos, suprimir la libertad de imprenta, establecer la intolerancia religiosa, crear el desorden en las finanzas, aparte de comprometer de nuevo la integridad del territorio. La alianza del clero con Santa Anna que, en esta vez, fué ostensible, "dió el pretexto, observa Justo Sierra, para que, al sobrevenir la reacción liberal la Iglesia fuese el blanco de todos los ataques". Constantemente ha servido para que el Plan Poinsett se ponga en obra.

El error de Alamán, y de los conservadores estuvo en no apoyar a los liberales moderados, en no adelantarse a las reformas que exigía el momento. La política de Norteamérica supo ver claro y se propuso fomentar el descontento y auxiliar a los liberales a efecto de gobernarlos en el triunfo. Sin las armas que trajo Comonfort de los Estados Unidos, el Plan de Ayutla se habría quedado escrito. Con el apoyo yankee ocuparon Alvarez y Comonfort la capital de la República, después de que Santa Anna, según su costumbre, huyó, dejando comprometidos a sus partidarios. Organizóse el gobierno liberal bajo la presidencia de Comonfort y don Juan Alvarez se retiró a Guerrero.

Don Melchor Ocampo, jacobino y anticlerical, se hizo cargo del Ministerio de Relaciones. Juárez resultó Presidente de la Corte de Justicia y, por lo mismo, según la Constitución, el suplente legal del Presidente de la República.

Todo era grave en Europa, dice don Justo Sierra, al establecerse el gobierno de Comonfort. "Los Estados Unidos medían mejor nuestro esfuerzo y nos respetaban un poco más". Asombran estas palabras porque, o son ingenuas, o son perversas. Pues, en efecto, ¿cómo no habían de comprender los Estados Unidos un movimiento que ellos venían preparando desde los días de Poinsett? ¿Cómo no habían de prestar apoyo a Comonfort que había traído recursos de Nueva Orleans, y a su viejo agente don Valentín Gómez Farías, que fué el primero que protestó obediencia a la Constitución nueva? ¿Cómo no habían de regocijarse los estadistas yankees, si el acceso de Comonfort les aseguraba el dominio político de nuestro país, dominio que han conservado, con la sola excepción de los meses que duró el Imperio y los dos años de Madero y los tres años en que Obregón gobernó sin el reconocimiento de Washington?

El gobierno de Comonfort organizó nuevo ejército, barrió en gran parte al santanismo, moralizó la administración y procuró desarrollar una política moderada que acaso hubiera consumado la Reforma sin los excesos que vinieron después. Pero empezaron las sublevaciones de los santanistas. La vieja casta militar, apoyada indirectamente por el clero, se dedicó a conspirar. Una sublevación en Puebla obligó al Obispo Labastida a contribuir con dinero; la sublevación fué sofocada y se abrió la polémica sobre los bienes del clero. No tenía sobre ellos derechos el gobierno, alegaba Labastida. Los bienes, como cosa temporal, caen bajo el dominio del Estado, alegaban los liberales.

No discutimos nosotros la legalidad de ciertos aspectos de la Reforma, ni su necesidad. Es evidente que el clero, lo mismo que el Estado, necesitaba purificación. Lo que debemos censurar es que la Reforma se hiciese bajo la dirección de un programa extranjero y con sentido antirreligioso. Nunca se debió privar a la Iglesia de aquellos bienes que eran necesarios para su

sostenimiento y para el sostenimiento de las instituciones educativas y humanitarias que mantenía.

El nuevo Congreso, dominado por secuaces de Poinsett, excitaba a Comonfort a que no contemporizara. Un antiguo lacayo de Santa Anna, don Miguel Lerdo de Tejada, formuló una ley de desamortización de bienes de corporaciones. Postuló dicha ley el principio absurdo jamás puesto en práctica en pueblo alguno civilizado, de *que las corporaciones privadas no podrían poseer bienes raíces*. Con esto quedaban destruidas fundaciones privadas, colegios, Universidades, Hospitales. Nada de esto importaba a la furia jacobina atizada desde Nueva Orleans. Se usó la palabra corporaciones para disimular el odio religioso, pero con la certidumbre de que casi todas las corporaciones eran de carácter eclesiástico.

Por virtud de la nueva ley, la mitad de la riqueza del país, que pertenecía a la Iglesia, debía pasar a manos de adjudicatarios que seguirían reconociendo a la Iglesia el monto de los capitales. Se trataba, dice Justo Sierra, de una transferencia de la propiedad, y agrega que el Papado debió aceptarla, en obvio de mayores males. Lo que no advierte es que el principio mismo de la ley era antisocial y desusado. Mientras en México, en nombre del progreso, se obligaba a los Colegios a vender sus bienes raíces, en Texas una ley obsequiaba a las Instituciones de Enseñanza la mitad de las tierras nacionales del Estado. El resultado del contraste es que hoy, casi no existe la Universidad de México; en cambio, hay en Texas una Universidad flamante, cuyas entradas provienen del petróleo hallado en las tierras de manos muertas, de que ningún gobierno puede desposeerla. Pero la gritería jacobina, la literatura de toda una época, estaba entre nosotros empeñada en probar que las tierras de *manos muertas*, las tierras en poder de corporaciones eternas, eran *cosa del pasado y estorbo de la economía*. Pronto habría de verse cómo las tierras arrebatadas a las corporaciones mexicanas, pasaban a manos de adjudicatarios sin experiencia que en seguida las entregaban a agiotistas extranjeros que hoy las usufructúan. Los bienes eclesiásticos convertidos en títulos de crédito, en efec-

to, tendrían que pasar a manos extranjeras, tal como lo tenía previsto el Plan Poinsett.

El episcopado, pues, tuvo razón de oponerse a estas leyes, pero ya era tarde. La ocasión la habían perdido los conservadores bajo el gobierno de Herrera. Si entonces, en vez de jugar al Iturbidismo con Santa Anna, se apoderan, al contrario, de la democracia, influyen en la clase media y ganan la mayoría en los Congresos, la solución de todo este drama nacional hubiera sido muy distinta. Los hombres de que siempre se han rodeado y su manía del caudillaje de la peor índole, tales han sido las causas del fracaso de los conservadores. Y no aprendieron. O quizás era ya demasiado tarde para reflexionar. Todo lo que se les ocurrió fué echar abajo a Comonfort, que se adelantó renunciando. Y en el gobierno quedó otro militar de fortuna, un tal Zuloaga, que había sido el brazo derecho de Comonfort.

Pero la Constitución de Cincuenta y Siete había quedado promulgada y en adelante sería la bandera del liberalismo. La Constitución, en lo político, era un adelanto sobre las anteriores, tenía el defecto del federalismo, que, según el mismo Sierra, ha sido siempre un estorbo, pero garantizaba la propiedad, la vida, el pensamiento de los mexicanos. Tan absurdo es el sistema federativo entre nosotros, que nunca se ha cumplido y el Centro siempre ha gobernado, ya sea con facultades extraordinarias, ya sea mediante simulaciones de autonomía local. Por otro lado, el centralismo es una invitación a la tiranía. De suerte que lo que hace falta es una ley orgánica interior, acomodada a nuestras circunstancias. Y así, por ejemplo, en el momento presente de comunicaciones fáciles y de homogeneidad nacional, no veo otro sistema que el de una República de Municipios. Es decir, supresión de los gobiernos locales, los Gobiernos de los Estados, fortalecimiento de las libertades municipales y creación de un Congreso Nacional y un Ejecutivo, con amplias facultades en lo económico y en lo político y lo internacional.

El golpe de Estado que derrocó a Comonfort y pretendía suspender la observancia de la Constitución liberal, dejó, en realidad, subsistentes dos gobiernos: El espurio que encabezaba Zuloaga, y el que representaba la legalidad acaudillada por don Be-

nito Juárez como Presidente de la Corte y sustituto legal de Comafort, mientras no se celebrasen elecciones.

Por lo pronto, Juárez se convirtió en un prófugo, mas llevaba consigo una fuerza que siempre menospreciaron los conservadores, pero que es la base de toda organización social civilizada: la fuerza de la legalidad, el principio de que un gobierno que procede de elección no puede ser interrumpido ni sustituido por un gobierno que procede del cuartelazo.

La vieja lucha del sistema de pronunciamiento y el sistema culto de la elección, así sea defectuosa la elección, quedó planteada otra vez. Y uno de los motivos del triunfo liberal debe verse en la habilidad y la fe con que Benito Juárez se abrazó a esa bandera, por entonces desprestigiada: *la bandera de la voluntad nacional expresada en el voto.*

Lástima que con el programa de Juárez estuvieran mezcladas exigencias de orden social y religioso, ajenas a la conveniencia de los mexicanos; de otro modo podríamos hoy elogiar sin reservas, el movimiento liberal que, por primera vez, oponía a los métodos santanistas, iturbidistas del pronunciamiento, los métodos civilizados de la elección popular, como origen de poder.

Lo cierto es que, por el momento, el país no advirtió la cuestión de legalidad gubernamental. Todo el interés de la lucha se concentró en torno al problema religioso, y el exceso del programa liberal determinó que la población entera hiciese causa común con el gobierno espurio. A tal punto que Juárez, después de verse en peligro de muerte en Guadalajara, donde la elocuencia de Prieto lo salvó de la escolta que pretendía asesinarlo, tuvo, sin embargo, que refugiarse en los Estados Unidos.

El héroe militar del nuevo gobierno había sido Miramón. Un nuevo Santa Anna de veinticinco años. Pero superior a Santa Anna en cuanto a que era un general que ganaba batallas. Sus victorias habían deshecho a los liberales. Los pretorianos habían hallado su ídolo. En consecuencia, derrocaron a Zuloaga, proclamando Presidente a Miramón. Este hizo una comedia santanesca; no quería el mando; repuso en el poder a Zuloaga, pero a poco Zuloaga renunció y lo dejó de Presidente. Todo el país apoyó la nueva situación que alejaba el conflicto



religioso. Y el señor Juárez no habría vuelto de su destierro, si no fuese porque el gobierno de Washington estaba decidido a colocar en el gobierno de México a los discípulos de Poinsett. Los diplomáticos europeos apoyaban al gobierno de Miramón, que representaba un nacionalismo en contra de la ambiciosa expansión de la influencia yankee.

Pero Miramón no podía prescindir de los defectos de su origen. Su gobierno fué autocrático. Se le llamaba el joven Macabeo. Y empezó a hacer lo que Iturbide, lo que Santa Anna: desfiles militares, boato y adulación y mal gobierno. Desprecio de las aspiraciones populares, comedia de aristocratismo.

Uno de los secretos del éxito del partido yankizante ha estado en su habilidad para ponerse al frente de las corrientes populares. Sin los yankees, Juárez no hubiera vuelto, como volvió, a establecer su gobierno en Veracruz, pero también sin la farsa y el abuso del miramonismo, el santanismo nuevo, la masa de la nación no se habría afiliado al juarismo. Juárez enraizó en la conciencia popular, no por las leyes de Reforma, sino pese a las leyes de Reforma, y porque en lo político representaba un anhelo acariciado por la nación, desde los días de la Independencia: el anhelo legítimo del gobierno democrático, la supresión de las castas y privilegios, el reconocimiento de la igualdad teórica de los ciudadanos, que ya es algo, aun cuando en el hecho subsistan desigualdades.

Fiel a su tradición guerrera, estilo Santa Anna, el general Miramón inició la campaña contra Juárez, que se hallaba en Veracruz, con banquetes, procesiones, festejos. Cuando llegó a la vista del puerto, se acordó Miramón de que no podía consumir el asalto porque faltaba el convoy de las municiones. Y, sin embargo, era el general más brillante de la época. En venganza de su propio yerro, cuando regresó a México, se dedicó a ordenar fusilamientos de los prisioneros que acababa de hacer Leonardo Márquez en un combate. Fueron éstos los famosos ajusticiados de Tacubaya, que en seguida se convirtieron en mártires del liberalismo. ¡Como si en cada aldea de la República no existiese el recuerdo macabro de estas matanzas de rendidos que son el

testimonio renovado de la barbarie de una milicia inepta frente al extranjero, sanguinaria y brutal en la guerra civil!

Los ejércitos de Miramón dominaban el país, con excepción de Sinaloa y Sonora y partes de Nuevo León, Durango y el puerto de Veracruz.

Importante fué en este momento, dice don Justo Sierra el reconocimiento que el gobierno de Washington hizo del de Veracruz, y que, "aunque no inesperado, produjo una suerte de estupor entre los conservadores". No habla don Justo Sierra de que tal reconocimiento haya causado bochorno a los liberales. Lo cierto es que pronto se vió el precio que habían pagado. Apenas hecho público el apoyo de Washington, Juárez lanzó las famosas Leyes de Reforma, que eran confirmación y ampliación de las que se habían dictado bajo Comonfort.

Al publicarse estas leyes, Miramón tuvo un instante de visión clara. Advirtió en un manifiesto del año 59, que sería preciso respetar los intereses creados por las leyes de desamortización de Miguel Lerdo. Esto enojó al clero que exigía la total derogación, lo que ya era imposible además de impolítico. Miramón, debilitado por estas diferencias entre los suyos, continuó haciendo frente a la borrasca.

En las leyes de Juárez ya no se hablaba de transferencia de propiedad, sino de confiscación y nacionalización de los bienes del clero, a pretexto del apoyo que estaba dando al régimen usurpador de Miramón. Aparte de la nacionalización de los bienes eclesiásticos, se suprimían las Ordenes Monásticas en lo absoluto, disparate éste contra la civilización, y se creaba el Registro Civil, lo que estaba bien para los no católicos y debió hacerse, pero en forma que conciliara el nuevo método con el antiguo y no en forma bárbara de desconocimiento de los matrimonios y los registros bautismales católicos.

Comentando don Justo Sierra tan trascendentales e injustas medidas, como hijo de su tiempo, en vez de juzgar, se sale por la tangente de la literatura ramplona de la época y dice que "los liberales representaban la luz y los conservadores la sombra. Unos el día y otros la noche". ¿Por qué? ¿Es día el ateísmo? ¿Es noche la fe? ¿En dónde tiene sus orígenes y su fuerza

la civilización contemporánea, en la negación atea de los estoicos o en la luz y videncia del cristianismo?

Y, ¿se puede calificar de aurora, la consumación del Plan Poinsett que Juárez llevaba a término? ¿Y era acaso sombra, exigir la formación de un Estado mexicano, con organización política acomodada al medio?

En todo caso, ¿quién era más sombrío, Alamán españolista o Juárez que no pudiendo ser indigenista por que no existe lo indio, tuvo que convertirse en testafarro de protestantes y masones yankees?

Para contestarse estas preguntas se han estado saliendo hacia las metáforas insulsas, la mayor parte de los pseudohistoriadores partidistas, que convierten la Historia en cómplice de iniquidades.

Lo cierto es que luz no había ni de parte de los conservadores, que sólo pensaban en entregar el gobierno a otro, ya sea a un Santa Anna; ya sea a un príncipe espurio, ni de parte de los liberales, que no osaban pensar, sin poner el oído en dirección de Washington.

Pero, ¿qué era más vil: pedir apoyo a las tropas que nos habían humillado en Texas y desmembrado en el cuarenta y siete, o recurrir a España, nuestra madre, o a Francia, nuestra maestra, y que no tenían, ni una ni otra, ambición territorial sobre nuestro país?

Respondan las generaciones nuevas si es que aciertan a sacudirse la herencia de mentiras en que se nos ha criado, el complejo de bastardía que deshonra el carácter, aun de los hombres más fuertes de estas épocas de general ignominia.

En el ambiente nacional confuso, los liberales tenían un arma terrible que la previsión de poinsettismo había puesto por fin, en sus manos. Llevar adelante las leyes de confiscación del clero, representaba un botín fabuloso, repartido entre denunciantes y espías y mercaderes de todo género. Era como un llamado al saqueo nacional. Y, en el fondo, el mismo grito de guerra que brotó al lado de Morelos y de Hidalgo: la confiscación; siempre la confiscación, primero de los españoles, después de la Iglesia y más tarde, bajo la revolución carrancista, la con-

fiscación de los criollos; siempre el atropello y la lucha de clases, el desgarramiento nacional, ¿en beneficio de quién? "De una economía nueva", proclaman los malvados.

Pero allí está el resultado elocuente. El beneficio lo han recogido, en cada crisis, los extranjeros. Y por haber ligado siempre su patriotismo, a alguna de las formas del odio interno, los mexicanos nos hemos ido quedando de parias en nuestra patria, de fellahs que cambian de amo, según se consuma en el exterior la rotación de los imperios. Antes de España dependíamos, pero podíamos ser españoles; hoy dependemos de los Estados Unidos. Y ni los texanos han podido llegar a la categoría plena del "american citizen".

Al principio, las leyes de Juárez cayeron en el vacío porque Miramón se atrajo a jefes liberales como Vidaurri, que dominaba en el Norte y derrotó a los otros. Pero Juárez en Veracruz, no estaba solo. Su Metrópoli estaba en Washington y hasta allí fué a dar un obsequio que los juaristas ofrecían a la gran República del Norte, a cambio de su apoyo, cada vez más urgente. Consta este obsequio en el Tratado Mac Lane Ocampo que, dice el mismo Justo Sierra, apologista de la Reforma, "otorgaba franquicias sobre el Istmo de Tehuantepec y parte de la frontera, que equivalían a un condominio", sacrificaban la soberanía nacional. Y concluye diciendo que "Juárez y Ocampo se hallaban alucinados" al dictar este documento.

Que las nuevas generaciones consulten el Diccionario de la Lengua y cotejen la definición de alucinado con la de traidor, y resuelvan cuál es la que conviene en el caso. Yo, por mi parte, creo que no puede comenzar a existir la patria, mientras sigan circulando sin repudio tantos juicios afeminados cuando no perversos, sobre sucesos capitales de nuestra historia tergiversada.

El premio por las ofertas del tratado Mac Lane-Ocampo no se hizo esperar. En febrero de 1860 se acercó Miramón a Veracruz para batir al gobierno juarista. El ataque debía ser secundado por una pequeña escuadra de buques con bandera mexicana, habilitados en La Habana. Una fragata yankee que protegía a Juárez, capturó los barcos mexicanos y Miramón tuvo que reti-

rarse. Washington había enseñado otra vez la mano. El gobierno de Juárez era su gobierno y lo amparaban las barras y las estrellas.

Por el Norte también, con ayuda yankee, empezaron a surgir ejércitos liberales. En el Bajío sufrió un primer descalabro Miramón. Guadalajara cayó en poder del juarismo. Haciendo leva general y fatigando a la población con empréstitos, levantó Miramón otro ejército que fué derrotado por González Ortega en Calpulalpan, el 22 de diciembre de 1860.

La capital quedó a merced de los liberales. La ocupó Juárez con su gabinete. ¡El poinsetismo había triunfado!

Pero don Justo Sierra dice: "Habían triunfado ideales nuevos: la Libertad, la Igualdad, la Solidaridad". Todas estas son palabras; el hecho es que el protectorado yankee en lo moral y en lo económico quedaba consolidado. Y el Plan Poinsett entró en obra.

El primer acto de Ocampo, el Ministro de Relaciones de Juárez, fué darle sus pasaportes al Ministro español Pacheco. El divorcio con España y con Europa se ahondaba. La figura central de México era Juárez, una especie de ídolo aborígen que encarnaba, por fin, hacia la realidad, el sueño de Poinsett, cuando puso el retrato de Moctezuma en la cabecera del salón de sus primeras recepciones, en la capital de México recién emancipado. Revivía lo indio, pero a la sombra del bastardaje yankee. La camarilla de los intelectuales juaristas: Ocampo, Lerdo, Ignacio Ramírez, se dedicaría en lo de adelante a predicar la desespañolización. ¡España tenía la culpa de todos nuestros males! Y se buscaba en el brazo Ignacio Ramírez la vena por donde le corriera sangre española para extirparla. ¡No era mucha por cierto, pues parece que más bien era negroide!

El Ministro español Pacheco, cuyo único delito era haber pretendido intervenir entre los bandos que destrozaban la patria, se retiró diciendo: "México necesita la intervención europea que le imponga la libertad y el orden, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia, escándalo y baldón de la humanidad civilizada". No lo ha tenido hasta la fecha. Pero lo que no advirtió Pacheco es que la intervencion estaba ya consumada. Los hom-

bres de Juárez traían la intervención yankee en la conciencia mediatizada, encartada de texanidad. Se consumó, pues, una intervención que no ha bastado a suprimir el escándalo y la vergüenza; al contrario, los ha aumentado.

Se consumó el saqueo general de Iglesias y Conventos. Fueron vejadas y expulsadas las monjas; desaparecieron Bibliotecas y Archivos; la obra civilizadora de la Colonia quedó deshecha. En la destrucción general implacable, quedaron abolidas infinidad de instituciones que por entonces sostenía la Iglesia y que todavía no han sido reemplazadas.

Los capitales de la Iglesia, según estadística del Dr. Mora copiada por el Padre Cuevas, montaban a 179 millones de pesos. Todo este dinero disperso fué a parar a manos de denunciantes mexicanos y a la postre de agiotistas extranjeros. El Padre Cuevas estima que, en realidad, las propiedades del clero valían cuarenta y cuatro millones de pesos. El hecho es que las tierras del clero sostenían curas y, si se quiere, sobrinas de curas, pero unos y otros eran mexicanos. Por virtud de la amortización esas tierras entraron a producir en beneficio de los tenedores extranjeros de nuestra propiedad raíz. Y quedaron sin servicio, tuvieron que cerrar: los Hospitales de Caridad de México, Michoacán, Guadalajara, Monterrey y Chiapas, que atendían a más de siete mil personas de ambos sexos, anualmente.

Se cerraron también infinidad de Colegios y Bibliotecas públicas. Se quedaron sin asiento y sin bienes los seminarios católicos que pronto empezaron a ser reemplazados con seminarios protestantes.

Todo se vendió, dice Sierra, dando ciento por cinco. Era lo que había previsto el Plan Poinsett: el remate de la más gruesa porción de nuestra propiedad territorial, en beneficio de la Banca judía internacional.

Consolidado el liberalismo por las victorias obtenidas con ayuda yankee. Juárez fué electo Presidente con "facultades extraordinarias". La guerra civil continuaba sin embargo. En emboscadas oscuras perecieron Degollado, Ocampo y Leandro Valle. Murió Miguel Lerdo de Tejada.

En el exterior, la situación presentó un momento de esperanza. Europa no se resignaba a ver que los Estados Unidos impusieran dominio absoluto sobre México y sobre todo el Continente.

La expulsión del Ministro español, el robo de los fondos de la deuda inglesa y los sueños imperialistas de Francia, determinaron una coalición. España, Inglaterra y Francia mandaron buques a Veracruz. Los ingleses y los españoles no traían programa alguno y se limitaban a reclamar dineros. Pero Napoleón Tercero concibió el sueño magnífico de tomar a México como apoyo de una resurrección latina en el mundo. Era el momento de reivindicar para la Nueva España su posición central en el continente, y para Francia de hacer el papel de la España de Felipe Segundo, el papel de cabeza de la civilización latina. El Imperio de los anglosajones habría quedado quebrantado para siempre, si en México, en vez de la bastardía de los liberales y de la estulticia de los conservadores, se hubiera tomado apoyo francés para constituir un gobierno nacionalista que, acaso, habría logrado la reconquista de Texas y California.

La Emperatriz Eugenia, la mujer más bella de Europa, se dejaba llamar descendiente de Moctezuma. Los emigrados mexicanos, víctimas de las logias sajonizantes, hallaban simpatía en el corazón de aquella reina poetisa. Y no les ocurrió nada mejor que escoger a un príncipe de la casa de Austria, al Archiduque Maximiliano para el trono de México.

"Hermosa flor de Habsburgo —dice de él D'Annunzio—, caída en tierra bárbara". El banquero Jecker, tenedor de créditos contra México, fué el agente financiero de la empresa. Era el año de 1861 y los Estados Unidos se hallaban distraídos con la guerra de secesión. Guerra que, según dijo el gran soldado religioso que fué Ulises Grant, veterano de la campaña de México, "fué un castigo impuesto a la Unión, por la Providencia, por el crimen de la guerra contra México". ¿Qué mejor oportunidad para detener el movimiento de la expansión yankee sobre toda la América española?

Los patriotas mexicanos, asqueados de la intervención yankee acuada por Juárez, decidieron ligarse con Europa a fin

de salvar algo que vale más que el territorio: el alma de la patria bastardeada por el juarismo; la cultura nacional latina, amenazada, la religión tradicional y el idioma y el arte. Acaso el mayor error de todos estos hombres de buena fe, consistió en reincidir en la obsesión iturbidista monárquica. Si en vez de Rey extranjero hubiesen creado un caudillo civil con un Gutiérrez de Estrada, un Almonte, un Aguilar y Marocho, es decir, un Juárez nacionalista, en vez del Juárez protestantizante del otro bando, la situación tal vez hubiera cambiado. Lo que en México faltaba era una aristocracia cívica, y con todos sus defectos, los liberales la estaban formando.

Pero los conservadores son de aquella casta que tiene ojos y no ve. Se decidieron por Maximiliano que, si era muy superior a Iturbide no por eso dejaba de representar un elemento espurio por extranjero, y un tipo militar de gobierno, una imposición de la fuerza, y no una creación de la voluntad del país.

El primer intento para implantar el régimen europeo, lo echó abajo el general español Prim, hombre influenciado por el anglosajonismo; se puso del lado de los liberales en las discusiones del tratado de Soledad, y la escuadra española se retiró junto con la inglesa. En Prim se vió, comenta don Justo Sierra, una España Nueva, la España del porvenir. Sí, añadimos nosotros, la España bastarda de los primeros años de la República actual que con Azaña, con De los Ríos, pretendió destrozar a la Madre Patria con los métodos de Juárez y de Calles en México. España mediatizada por el anglosajonismo que por un momento pareció un México *au rebours* inflamada en 1931 por el jacobinismo de nuestros años del sesenta.

Las fuerzas francesas que habían avanzado hasta Orizaba, se dispusieron a ocupar todo el país bajo la responsabilidad de Almonte, el hijo de Morelos que se hacía llamar "Jefe Supremo de la Nación" y preparaba el terreno para Maximiliano. Esta Jefatura no gustó a Zuloaga que andaba de guerrillero y se hacía llamar Presidente conservador.

En Puebla esperó a los franceses el general liberal D. Ignacio Zaragoza. Los asaltantes, fiados en la facilidad con que habían avanzado desde la costa, atacaron en muy escaso número y



fueron rechazados el cinco de mayo de 1862. La batalla resultó trascendente porque contuvo el avance francés hasta la llegada de los refuerzos europeos. Se entusiasma don Justo Sierra por el triunfo del 5 de Mayo, no obstante que reconoce que, como batalla, no lo es ni de segunda categoría. Peritos militares imparciales han explicado cómo la victoria fué de Lorencez, ya que Zaragoza pudo hacerlo pedazos si sale de sus parapetos y lo ataca durante la retirada. Pero lo grave para la seriedad de nuestro patriotismo está en la exageración que falsea la verdad, a fin de convertir en hechos marciales gloriosos, sucesos que, en buena táctica militar, no merecen sino censuras. Con lo que se sienta un precedente desastroso para la conducta de nuestro ejército y se nos pone en ridículo ante la opinión extranjera. Además, si se observa con una poca de atención, se advierte que, la selección de los hechos que dan lugar a la mayor parte de nuestras fiestas patrias, es también obra de la sutil propaganda poinsetista que inicia nuestra epopeya nacional con Hidalgo y Morelos, que mataban españoles, y la continúa con Zaragoza que mató franceses, es decir, latinos. En cambio, nunca menciona los pocos hechos de armas verdaderamente gloriosos del continente, que son aquellos en que la sangre hispanoindígena se ha derramado para defender la herencia del Imperio español americano, en contra del anglosajonismo desbordado.

En todo caso, conviene observar que así fuese una gran proeza militar, la del Cinco de Mayo, no vale su continuada conmemoración del disgusto que puede causar, no a Francia, que no se ocupa de tales minucias, pero sí a nuestros amigos y hermanos latinos de la Colonia francesa de México: Colonia que ha hecho más por la cultura de nuestra patria que todos los poinsetistas con sus "misiones" y sus prédicas y que todos los oradores de Cinco de Mayo y Dos de Abril, en su enfática patriotería.

Es triste que todos los fastos nacionales resulten episodios del programa poinsetista. Y sería ya tiempo de crear un nuevo calendario cívico en que hallasen sitio las hazañas fecundas para un nacionalismo de tradición latina, en vez de las efemérides de la lenta, implacable y tortuosa conquista nueva.

Pues al perder los franceses en Puebla, no ganamos nada nosotros, ganó un punto el Plan de hegemonía de Norteamérica. Sierra afirma que el 5 de Mayo defendió Zaragoza "la integridad de la patria mexicana". Lo cierto es que los franceses no querían desintegrarnos sino integrarnos en nacionalidad vigorosa. En cambio, Zaragoza contribuyó indirectamente a la integridad de la Federación Norteamericana. ¡Con razón se le alaba en Texas! Reconoce don Justo Sierra que si Maximiliano se adelanta un año, lo que hubiera podido hacer sin el tropiezo de Puebla, el Imperio hubiera llegado a tiempo para celebrar alianza con Lee, el general suriano de los Estados Unidos; en cuyo caso la secesión yankee hubiera sido un hecho. Pero no llega a afirmar don Justo lo que debiera ver un niño criado en territorio mexicano, y es que la secesión convenía a México, convenía al continente latino. Sin el triunfo de los Unionistas no hubiera retornado Juárez, pero tampoco habría triunfado en el Nuevo Mundo el Monroísmo.

Formalizada la invasión francesa por la ruptura de las negociaciones de Soledad y el retorno de Prim a España, los franceses avanzaron desde Orizaba, otra vez sobre Puebla, que resistió dos meses, y en seguida sobre la capital. Engrosadas sus filas por un sinnúmero de voluntarios mexicanos, Forey explicaba su misión "como un medio de poner un hasta aquí a la influencia de los Estados Unidos en el continente". ¿Es ésta la causa de que Sierra lo llame: "hombre imbécil, candoroso y decorativo"? Desde el principio, los franceses se comprometían a respetar los derechos de los que hubieran adquirido bienes nacionales. Era ésta una medida elemental de político que sabe no se puede volver sobre los hechos consumados; pero la parte más obstinada del clero y los conservadores rancios, quedáronse sorprendidos de que los que aparecían como un sostén, se convirtiesen indirectamente en aliados de la Reforma. ¡Por no saber perder una parte, se habían de quedar sin el todo!

Con más de treinta mil hombres penetró Forey a la capital, donde fué recibido, según Sierra, "al son de alegres y sonoras fanfarrias, precedido por el fúnebre ejército de Márquez, en junio de 1863". *"Los balcones veían también, callados casi todos,*

*aunque en su mayor parte engalanados por orden superior*". He querido copiar textualmente esta frase de Sierra, el máximo apolo-gista de la Reforma, según el cual "los balcones veían también, callados casi todos". Yo no sé si los balcones ven, pero puedo afirmar que ni los liberales ni don Justo vieron. No vieron la oportunidad que se perdía de crear un gobierno nacional independiente de Washington.

La cuestión de principios en lo fundamental, la resolvía Fo-rey, pues reafirmaba la libertad de cultos, conservando a la Iglesia católica su carácter de religión del Estado, que es lo que debiera ser.

Una junta de Regencia compuesta de Almonte, Salas, La-bastida y Aguilar y Marocho, tomó el poder en tanto llegaba Maximiliano.

Los años de 63 y 64 vieron desarrollarse la campaña mili-tar que aniquiló a los liberales. Juárez se convirtió en Presiden-te trashumante. Sus generales fueron destrozados o se pasaron al imperio, como Vidaurri.

EL IMPERIO



Los grupos liberales quedaron reducidos a la guerrilla y ya nadie se acordaba de Juárez a principios del año 64. De suerte que Maximiliano, al desembarcar, pudo creer en la sinceridad de los pliegos que se le entregaron en testimonio del resultado casi unánime del plebiscito que lo ratificaba Emperador de los mexicanos. El 12 de junio de 1864 entró Maximiliano a la capital en medio de los grandes festejos de un público acostumbrado a aplaudir el éxito sin importarle sus máscaras. La primera medida de Maximiliano fué juiciosa. En vez de entregarse, en cuerpo y alma, a los conservadores, ratificó las medidas liberales de Forey y se rodeó de un Consejo de hombres jóvenes y moderados. Su intención era gobernar según el sistema civilizado que reconoce y concilia el interés de los partidos más opuestos. Con alteza de miras, el mismo Maximiliano comprendía que no iba precisamente a fundar una dinastía, exótica en América, sino a servir de puente para la creación de un gobierno nacional, independiente del anglosajonismo, gobierno que hubiera revertido a la República al desaparecer Maximiliano. Y el mismo Maximiliano, príncipe ilustrado y moderado, llamaba a su gobierno una Monarquía democrática. El año de 1865 vió consolidado el Imperio.

Pero ese mismo año terminó la guerra de secesión en Norteamérica, con el triunfo de los Unionistas. Lo primero que hicieron fué resucitar la Doctrina Monroe, acompañada de la amenaza de Grant de invadir a México en defensa de las instituciones republicanas. Al mismo tiempo, Juárez, que había sido lanzado hasta la frontera del Norte, comenzó a recibir auxilios de armas, dinero y hombres. Por toda la frontera el contrabando bélico y la actividad de los agentes de la Unión, hizo brotar ejércitos liberales. Napoleón, alarmado por la amenaza prusiana, no se sintió capaz de declarar la guerra a los Estados

Unidos y tuvo que ceder a la presión diplomática. Ordenó el retiro de las fuerzas francesas y aconsejó a Maximiliano que abdicara. Lo conminó a que abandonase el país, junto con las tropas francesas que lo habían ayudado a instalarse en el gobierno.

Y consumó entonces Maximiliano la acción más abnegada de su vida. Consideró quizás que no era caballeresco abandonar a sus partidarios mexicanos, y decidió quedarse en el país, sin otro amparo que el de los imperialistas nativos.

El año de 1866 vio crecer la revolución por el Norte. Era la conRAINTERVENCIÓN invencible que encabezaba Juárez, municionado, aleccionado, por los Estados Unidos. El indio iba a ser, por fin, la cuña que desintegrara en pedazos la profunda y dolorosa pero creadora labor de la Colonia. La sociedad mexicana se disolvería en beneficio de los compatriotas de Poinsett.

Los generales de la reacción, Miramón, Márquez y Mejía, rodearon al Emperador y afrontaron al enemigo, multiplicado por esa vil tendencia de las masas que se cargan al éxito. Pronto Maximiliano y su plana mayor quedaron cercados en Querétaro. En los combates que determinaron la rendición, la *artillería norteamericana manejada por oficiales de Norteamérica, desempeñó el papel decisivo*. Los imperialistas se habían quedado sin el amparo de las tropas francesas, pero los liberales contaban por arsenal, con todos los recursos del país del Norte.

El 15 de mayo del 67 se rindieron Maximiliano, Miramón y Mejía. Miramón era un ambicioso que de haber podido suplantarlo al Emperador lo hubiera hecho. Pero Mejía, otro indio como Juárez, pero indio católico, indio representativo de la obra constructora de la Colonia, indio mexicano que no quería ver a su patria dominada por conquistadores nuevos de lengua distinta y de civilización diferente a la ya adoptada por la masa indígena, dió el ejemplo de la abnegación y la lealtad en el infortunio.

Después de un juicio que fué una farsa, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados con menosprecio de la opinión más generosa del país y de la Europa liberal, que aconsejaba el indulto.

Ante una conciencia noble, bastaba el hecho de que Maximiliano se hubiese rehusado a largarse con las tropas francesas, hubiese decidido jugarse la vida con sus amigos mexicanos, para que su persona fuese sagrada, en manos del vencedor.

¡Su fusilamiento inútil es una de las manchas de nuestra historia!

Ya sé que recientemente, en Austria, la patria del infortunado caballero Maximiliano, se estrenó con éxito de prensa, un dramón en que se justifica la resolución de Juárez y se denigra a Maximiliano. El autor de este drama es un judío de la misma casta de los que incitaron a Juárez a derramar sangre cristiana. Los enemigos de todos los valores de nuestra civilización eran y siguen siendo poderosos. Y ellos dominaron el Austria de los días que siguieron al desastre de la Gran Guerra. Pero, la opinión del corazón es muy distinta. Y yo sé que en México no habrá patria, mientras los niños de las escuelas no aprendan a derramar una lágrima de gratitud por el hombre que dejó en Europa el lujo y la gloria, para venir a la América a morir en defensa de la cultura latina amenazada.

El mismo Juárez vaciló. ¿Acaso no era, él también, un indio enamorado de la tradición española a la que fué, a pesar suyo, fiel, cuando a las hijas las casó, no con yankees, sino con españoles?

Desgraciadamente, el hombre no era dueño de sus actos. Sus compromisos estaban por encima de su albedrío.

Triunfaron con Juárez los yankees, y es el momento de decir unas palabras aclaratorias. Ya sé que no van a faltar malvados que atribuyan a mala pasión y a odio, todo este mi señalar los hilos de acero del plan inteligente que los Estados Unidos desarrollan desde hace más de un siglo para consumir su hegemonía en el Nuevo Mundo. En primer lugar, confieso que todo este plan me parece admirable. Y sólo lamento que seamos nosotros sus víctimas. En segundo lugar, reconozco que en los conflictos de las naciones vence casi siempre el mejor, o como dicen los sajones: "Let the best man win". Sí, el hombre mejor gana. Entre un Taylor y un Santa Anna, ni por un momento vacilo; execro a Santa Anna y admiro a Taylor. Lo ad-



miro conquistando a México con veinticinco mil hombres, casi tanto como admiro a Hernán Cortés que lo conquistó con novecientos. Pero al mismo tiempo, creo que toda conquista daña a conquistados y conquistadores. A los conquistados porque los envilece y, a los conquistadores, porque desarrolla en ellos el militarismo que, a la postre, corrompe a las mejores naciones. Hay, por supuesto, casos de excepción como el de Cortés. Era tan grande la diferencia de cultura entre españoles y aborígenes, que pese a su dolor, fue la conquista española el único medio de redimir una porción, por lo menos de la raza indígena. Pero una vez consumada la europeización, la cristianización de los tres siglos de la Colonia, ya no debemos conformarnos con ser material de conquistas nuevas; debemos exigir de nosotros mismos el carácter y la virtud necesarios para asegurarnos la autonomía. De nosotros mismos ha de salir la fuerza creadora y no del exterior porque ya lo vemos en el caso de Texas, de nada sirvió a los mexicanos de esa región cambiar de amos; están peor hoy, porque están deshechos en el alma y proletarizados en lo social. No es, pues, odio al yankee lo que predico, sino odio a nuestras propias faltas, errores y miserias.

El yankee ha hecho bien al tratar de extender su imperio. Es ley ineludible de la historia y ventaja humana que la raza más virtuosa sea la que predomine. Y esto hay que reconocerlo por encima de las patrañas del derecho internacional teórico. La civilización se extinguiría en el mundo si a título de soberanías locales intangibles se perpetuasen estados sociales, como el de México bajo Santa Anna, o bajo Calles, o como la Venezuela de Gómez. Hay un derecho de humanidad que está por encima de los abusos de la barbarie, y éste hace que cada vez que baja el nivel de un pueblo, por debajo de la animalidad que, al fin es inocente, cada vez que se incurre en el canibalismo de los fusilamientos periódicos, el atropello como sistema, la maldad como norma, cada vez que esto ocurre, una suerte de derecho divino se impone y la conquista extranjera limpia a sangre y fuego la sociedad corrompida. Así ocurre cada vez que, en cualquier región de la tierra, se reproduce el caso de Sodoma y Gomorra o el caso de la Babilonia poderosa pero envilecida.

No es entonces propósito de fomentar el odio lo que me hace desnudar nuestra historia de los trapos sucios que ocultan sus llagas. Tampoco abrigo rencores contra el protestante. Ha habido largas épocas en que el puritano, el cuáquero, han estado más cerca del Dios verdadero que los que entre nosotros se decían católicos. Pero esta no es una razón para que nosotros nos hagamos puritanos o cuáqueros. Lo que procede es que exijamos la purificación de nuestro catolicismo nacional. Por necesidad propia, y también como un medio de fortalecer la Iglesia Católica universal, que el día en que la vuelvan a presidir santos, será de nuevo centro y cabeza de la cristiandad unificada.

Urge, pues, que el niño y el joven interpreten bien la intención de estas páginas que no es la de incubar, avivar resentimientos. Lo que ambiciono es contribuir a que la verdad desbarate todas las patrañas, destruya la hipocresía, a efecto de que pueda surgir esa fuerza interior colectiva que levanta a los pueblos, libres de odios por el pasado, pero decididos a corregir los yerros de la herencia y del presente para crearse un porvenir digno y relativamente dichoso.

Nada de esto puede nacer de la mentira; tampoco podría surgir de sedimentos de odio. Abstengámonos, pues, de odiar a Poinsett; bástenos con renegar de nuestros propios políticos mediocres y malvados que le sirvieron de instrumento. Contétemonos, en todo caso, con que se llegue a poner un hasta aquí a las intervenciones que, después de Juárez, se han hecho ya un hábito, y que sólo han servido para ir agravando cada vez más nuestra condición de pueblo embrutecido, que se regocija de una supeditación que ha llegado a imaginar irremediable. Lo que desearía es llevar al ánimo del lector la convicción de que no hallará remedio a sus males nuestro pobre pueblo torturado, mientras no comience a revisar sus mitos y a crearse un desarrollo propio que pueda ser mañana tema de epopeya, ejemplo de gloria humana auténtica y limpia. El primer paso en este camino de esfuerzo y de esperanza es, entonces, la sinceridad que no acepta la falsificación del honor y de la gloria y por lo mismo, no acata la idolatría de personajes que por la intriga, la ignorancia, la mentira o la simple ausencia de valores puros, han ido tomando sitio en el santoral de nuestros fastos patrios.



## LA REFORMA



La revolución llamada de la Reforma se inicia en 1º de marzo de 1854 con la proclamación del Plan de Ayutla que desconocía a Santa Anna, creaba gobierno provisional y convocaba una Asamblea Constituyente. El procedimiento era, desde luego el indicado para sacar a la patria de su angustia.

Veamos, sin embargo, qué es lo que estaba detrás de tan buenos propósitos aparentes y quiénes eran los hombres que los sustentaban.

Para investigar los orígenes tenemos que remontarnos al Plan Poinsett, uno de cuyos capítulos, la adquisición de Texas, Nuevo México, California, estaba ya consumado. Y quedaba pendiente otro: la destrucción de la Iglesia católica mexicana en beneficio del protestantismo norteamericano, o, como lo dicen los escritores de Estados Unidos, la extensión de la obra de la Reforma protestante europea, en territorios latinos dominados por el catolicismo. Lo que llamamos nosotros la Reforma no es por lo mismo, otra cosa que un episodio de la guerra religiosa europea de protestantes y católicos, guerra exótica en nuestro medio y que sólo fué posible porque previamente nos habíamos convertido en protectorado.

Los iniciadores del movimiento se abstuvieron de darle el carácter franco de una guerra de protestantes contra católicos. El laicismo liberal fué la máscara. El propósito fundamental, la destrucción de la Iglesia Católica y de paso, la liquidación de las familias ricas herederas de la Colonia en beneficio de la casta extranjera que se iba apoderando de las minas, el comercio, las tierras de los mexicanos.

Los conservadores de México que en vez de tomar el poder lo andan siempre ofreciendo a algún caudillo así sea extranjero, se quedaron desconcertados al ver que Taylor no aceptaba el Virreinato que le ofrecieron. No sospecharon que los del Norte, una vez tomado el territorio que necesitaban, no querían la responsabilidad de gobernarnos. Por eso, en lugar de Taylor, nos dejaron a los reformistas criollos que sin saber una letra de Calvino, llevarían adelante la ofensiva encaminada a destruir la única institución mexicana que había sobrevivido a las tempestades: la Iglesia Católica. La única institución que pudo amparar a nuestros connacionales de Texas y California que habían quedado a merced del vencedor.

Para oscurecer toda idea de patriotismo era preciso crear una ideología confusa, como la de Zavala, como la de Gómez Farías. Para estos dos hombres, la suerte de los mexicanos de Texas y de California no era como fué, la esclavitud económica en que hoy todavía vegetan, sino la adquisición de la libertad.

En cada liberal mexicano había también confusa la idea de que toda extensión de influencia yankee era un aumento de progreso y de bienaventuranza. Sin masa encefálica para entender cosa alguna profunda, no veían lo elemental, que perdíamos el dominio de la riqueza dentro de nuestro propio territorio y nos proletarizábamos. La Iglesia era dueña de más de la mitad de las tierras; el Plan Poinsett exigía el apoderamiento de las tierras mexicanas en beneficio del extranjero. La Iglesia resultaba obstáculo no sólo moral, también material.

De aquí el odio inspirado a los discípulos predilectos, a Zavala y a Gómez Farías, contra la Iglesia mexicana. Zavala se quedó con los texanos, que apenas lo usaron, le dieron un puntapié. Desgracia grande fué que Gómez Farías no se quedara también del otro lado. Pero no se manejaban por su cuenta nuestros patricios de la libertad; los manejaban. Y a Gómez Farías le tocó en comisión, trabajar de este lado. Y trabajó sin descanso.

En 1834 lo hallamos en Nueva Orleans, en comunicación con Zavala y presentándose después a una Junta en la cual, con su carácter de Vicepresidente expulsado de México, autorizó las

determinaciones de la masonería internacional respecto a México. A propósito de esta Junta, dice el Padre Cuevas en el quinto tomo de su Historia de la Iglesia Mexicana: "Nuestro Ministro en Londres, Don Miguel Santa María, masón y tragacuras, pero patriota, escribió a Santa Anna: "Es inconcebible cómo el espíritu de partido puede desnaturalizar a los hombres hasta el punto de promover la desmembración del territorio nacional". Se tramaba, en efecto, en esas juntas, la segregación de Texas entusiastamente apoyada por Zavala y, a la vez, se determinaban los lineamientos del plan de acción dentro de la República. Decidía este plan, aprobado el 4 de septiembre de 1835, dar libertad verdadera a los Estados Unidos Mexicanos. Y al efecto, "se lucharía por la reconquista del sistema federal de gobierno, estableciéndose desde luego una Junta de Gobierno integrada por Zavala, Mejía y Gómez Farías; los tres se hallaban en Nueva Orleans. Gómez Farías fungía como Presidente, Mejía como jefe del nuevo ejército y Zavala como jefe de Texas. Gómez Farías se comprometía a hacer que "salgan de la República todos los obispos y personas eclesiásticas que se opusieron a las Reformas; que se supriman todos los conventos y se secularicen sus bienes; que se repartan con igualdad todas las tierras y fincas rústicas y urbanas, sea cualquiera el título con que se posean, quedando a los propietarios un tercio y distribuyéndose el resto entre los pobres, prefiriéndose en la distribución a los miembros del nuevo ejército, y que se establezca unión y alianza estrecha en los Estados Unidos".

Hace notar el padre Cuevas la animosidad que en aquel instante había en los Estados Unidos contra el clero católico. Observaremos nosotros que la cláusula sobre reparto de tierras era ya un viejo tema que desde las proclamas de Morelos aparece en nuestra política. Y se explica. Para apoderarse de las tierras de un país en disolución, al cual no se quiere conquistar por la fuerza, no hay mejor recurso que incitar a los de abajo contra los de arriba. Los de abajo no logran hacerse propietarios sino temporalmente y las tierras a la postre pasan a poder de los extranjeros que están libres de las venganzas y los ataques de la política interior.



Los comprobantes de esta transacción que el padre Cuevas discute ampliamente, fueron publicados en México en "El Mosquito Mexicano", Tomo II, Núm. 92. Nosotros los damos en extracto tan sólo para mostrar el hilo del plan Poinsett cuyo texto se ha ido consumando de modo inflexible a través de distintas revoluciones. La que encabezó Mejía fracasó, pero los hombres del Plan de Ayutla, quizás sin saber lo que hacían, resultaron los encargados de llevar adelante, la primera parte del programa, la destrucción de la Iglesia como poder económico. Más tarde, las concesiones de tierras de Porfirio Díaz y los disparates de la revolución contemporánea, acabarían de consumir la pérdida de nuestras propiedades rurales en beneficio de los propietarios de los Estados Unidos.

¿Quién era Gómez Farías? Como ejemplo de la confusión mental, de la ignorancia de estos hombres de la Reforma, conviene citar un párrafo que el padre Cuevas copia de su historia: "Gómez Farías, que se había comprometido a destruir la Iglesia, no era un libre-pensador, como se decía entonces; era o se creía católico y, así, al embarcarse para Veracruz, después de fracasada la primera conspiración liberal de Nueva Orleans, manda decir siete misas: la primera el día de su embarque, etc., etc., por los innumerables beneficios que el Señor nos ha dispensado". En 1841 aparece Gómez Farías en Mérida, ayudando a la rebelión separatista y entregando a los rebeldes armas y elementos procedentes de los Estados Unidos. Poco después hallamos a Gómez Farías ayudando a gobiernos conservadores como el de Paredes y Arrillaga. En 1855, Gómez Farías actúa de propagandista de la Revolución de Ayutla y consejero de sus hombres. Había llegado su hora. El fué el inspirador del programa de Ayutla.

Ni por un momento me propongo negar que, dada la situación del país bajo la última resurrección de Santa Anna, lo que procedía era un levantamiento general, nuevos hombres, nuevos métodos. Y un Congreso Constituyente como base del futuro. En oponerse a esta necesidad nacional estuvo el error de los conservadores. Y de ese error procede también por reacción y por

exigencias del extranjero, el que la guerra se convirtiese en lucha religiosa, cuando debió ser un gran movimiento de unión de los mexicanos honrados de todos los bandos, en contra de la inmoralidad, la ignorancia, la falta de patriotismo de las últimas décadas de la vida nacional.

Ampliamente conocidos son los cargos que se formulaban contra la Iglesia: que era muy rica, que era corrompida y que su acción en la política nacional tenía carácter egoísta y corruptor, ya sea porque no daba dinero cuando debía darlo, ya sea porque en otras ocasiones apoyaba gobiernos espurios y crueles. Aun aceptando los tres cargos, debo decir para comenzar, que un estadista debió ver que todos ellos juntos no eran motivo para destruir a la Iglesia, sino a lo sumo, para exigir su purificación. Y hasta donde las leyes de Reforma tienden a esa purificación, estoy con los liberales y considero inevitables las medidas dictadas, pero es menester distinguir lo que es purificación y lo que es destrucción. Contra la destrucción me pronuncio de la manera más decidida. Contra la idea latente en casi todos los liberales de la época, idea de reemplazar la Iglesia católica con la Iglesia protestante, me pronuncio aún con mayor energía. Pero es preciso examinar brevemente la importancia de los cargos ya señalados.

La Iglesia mexicana era, en efecto, muy rica, como que ella había construido en tres siglos de labor civilizadora, todo lo que en nuestro territorio significaba progreso, fraternidad, humanidad y belleza.

Sobre el monto de las propiedades de la Iglesia no es necesario recurrir a sus enemigos. Tratadistas católicos como Abad y Queipo y el Dr. Mora, habían señalado ya el monto y reparto de los bienes del clero y los del gobierno y los particulares. A propósito de la primera reforma de Gómez Farías sobre los diezmos, ya dijimos que la consideramos necesaria, pues no debe fundarse en la coacción un servicio que responde a necesidades del espíritu que no todos los habitantes de un país experimentan en forma idéntica. En consecuencia, también la libertad de cultos es principio inseparable de una sociedad civilizada. Pero de todo esto se deduce una conclusión, y es que la Reforma debió

limitarse a lo justo, debió impedir que la Iglesia exigiese por coacción civil, el valor de sus servicios, y después de garantizar los derechos de los no católicos, debió reconocer que, siendo católica la mayoría, la Iglesia debió conservar su carácter de Iglesia nacional, con intervención en las ceremonias públicas como se hace en la Argentina, en Colombia, en Perú, y como se hace en los Estados Unidos, donde siempre alguna de las sectas protestantes interviene en cada una de las ceremonias oficiales. El triste privilegio de país ateo que a nosotros nos dió la Reforma, es lo que subleva el ánimo de toda persona cuya mentalidad sobrepasa el envenenamiento de la furia partidista. Con estas advertencias previas podemos entrar al análisis de lo que fué la guerra de Reforma, triste competencia de errores y maldades de parte de cada uno de los dos bandos.

Lo peor de la Reforma es que no tuvo sentido nacional, sino un programa de inflexible exageración de preceptos y métodos totalmente extraños a nuestro medio y fielmente subordinados al plan de nuestros conquistadores del cuarenta y siete.

A fin de poder juzgar el caso en su conjunto, narraremos brevemente los principales episodios de la lucha y, en seguida, examinaremos la situación creada al final del movimiento reformista, por virtud de las leyes que entraron a formar parte de nuestro régimen constitucional.

### *LOS DAÑOS DE LA REFORMA*

Las leyes de Reforma, tal como quedaron escritas y vigentes, constituyen un caso único de intolerancia sectaria y de desquiciamiento económico. Han podido subsistir porque en general no se han aplicado íntegramente. El mismo Juárez vaciló y en la época de su gestión presidencial del 67 al 72, prevalece cierta benevolencia. Por ejemplo, dió Juárez por válidos los matrimonios religiosos y se negó a despojar a los párrocos de las casas curales. Durante el largo reinado de Porfirio Díaz las leyes de Reforma se cumplieron sólo en parte. Y bajo Carranza y Obregón se cumplieron a medias. Apenas Calles comenzó a imponerlas al pie de la letra y aun agravadas con su odio de turco para todo lo cristiano y se desató de nuevo la guerra religiosa.

No puede haber paz en la familia mexicana mientras las Leyes de Reforma subsistan. Y tampoco, según veremos, puede la vida económica nacional recobrar el desarrollo habitual de los países civilizados, mientras sigan vigentes disposiciones que prohíben a las sociedades morales poseer y administrar bienes raíces.

Se ha querido presentar a Juárez como el tipo inflexible que encarna el espíritu de la Reforma, sobre todo en lo religioso. Del carácter de Juárez dice don Justo Sierra, su principal apologeta: "que inflexible no fué nunca, dado que sirvió como Secretario de Gobierno bajo la administración del Sr. León, en Oaxaca, durante la peor época de la dictadura santanista y no se eximió de concurrir a homenajes en que se endiosaba a su Alteza Serenísima". "El deseo de sobreponerse primero a sí mismo, como el representante de una raza de humillados, y de encaramarse por encima de los otros, y de los humilladores, bullía en el fondo de su sangre". Ideal ejemplar, decimos nosotros, de resentido social para llevar adelante el plan Poinsett para la destrucción de una sociedad a la que no podía comprender ni amar. Pero como a pesar de todo, Juárez tenía un fondo de honradez nativa, no consumó en persona los excesos a que la misma ley invitaba. Lo más peligroso de ésta, desde el punto de vista social, es que constituye, por la legalización de las confiscaciones, un instrumento de rapiña gubernamental permanente. Y terrible si se considera que habitualmente esas confiscaciones quedan a merced de gobiernos despóticos que no han perseguido otra mira que el propio enriquecimiento, la destrucción de los enemigos personales, la consolidación del régimen de tiranía.

En apariencia, la ley Juárez es inocente y una simple réplica del régimen religioso que priva en los países modernos. Separación de la Iglesia y el Estado es un principio generalmente aceptado, pero hay que ver cuál es, en realidad, la forma mexicana de esa separación.

La ley mexicana contiene el supuesto absurdo de que no existe la Iglesia, ya que no le reconoce personalidad jurídica. A esto se ha llamado un Estado laico, pero en realidad, el Estado laico siempre reconoce el hecho que existe en su seno. El Esta-

do laico en los Estados Unidos no impide que en cada una de las ceremonias oficiales, intervenga el sacerdote de alguno de los cultos cristianos reconocidos. Si allá la Iglesia católica estuviese en mayoría, el catolicismo estaría representado en los juramentos y ceremonias del Estado. Esto ocurre hoy en Francia, no obstante leyes y principios que son el origen de nuestras propias leyes de Reforma.

El gobierno francés reconoce la existencia de la Iglesia francesa. El gobierno de los Estados Unidos no sólo busca siempre el apoyo de las principales sectas, sino que en el lenguaje oficial habla del Dios cristiano y en las monedas se lee: "In God we Trust".

El triste privilegio de un ateísmo enconado es obra exclusiva de los mediocres enfurecidos que en México predicaron, definieron e impusieron la Reforma según la letra que les dió Poinsett y sin advertir diferencias que en los mismos Estados Unidos hacían tolerable el sistema. Sobre la mentalidad de estos jacobinos nuestros, cualquiera puede informarse leyendo sus obras. ¡Qué obras! Ningún detractor puede dar más pobre idea de lo que valían desde el punto de vista de la cultura.

En la América del Sur se ha consumado la adaptación de las instituciones religiosas procedentes de la Colonia, a los sistemas del gobierno republicano procedentes de la Independencia. Pero como todo se hizo sin pasión, y sin intervención directa de los agentes del extranjero, se ha creado una situación de equilibrio y de paz, muy favorable para el desarrollo de la cultura.

Así, por ejemplo, en la enseñanza, los jacobinos mexicanos excluyeron de las escuelas toda suerte de instrucción religiosa. No advertieron, porque eran muy ignorantes, que en los Estados Unidos este régimen es factible, porque siendo grande la división religiosa, siendo muchas las sectas, no era fácil preferir a una sobre otras y se optó entonces por la práctica del Sunday School, o sea la escuela dominical religiosa. Es decir, no se suprimió la enseñanza de la religión cristiana, base de toda nuestra civilización; se reglamentó según lo exigían las condiciones locales.

En Francia y en la América del Sur, en general en los países

latinos, afortunadamente unificados en materia religiosa en torno a la fe católica, lo que se entiende por enseñanza laica es la no imposición de la doctrina cristiana a todos los escolares, en consideración de los hijos de minorías que no reconocen dicho credo. Pero el derecho de estas minorías nunca ha sido convertido en absurda prohibición de enseñar lo que la mayoría quiere que sea enseñado. Se sigue entonces el sistema de crear en los Institutos del Estado, cátedras de religión católica, en las cuales la asistencia es voluntaria. Pero no se ha suprimido la enseñanza religiosa. Al México laico de Juárez y de Lerdo toca el orgullo dudoso, el ejemplo de barbarie letrada que consiste en afirmar implícitamente lo que gritan los demagogos semianalfabetos, o sea que la "religión es cosa del pasado". Pues era uno de los mitos pueriles de la generación reformista y de sus sucesores los evolucionistas el imaginar que todo porvenir, por serlo, era mejor, y que todo presente era mejor que el pasado. ¡Como si el desarrollo humano fuese un proceso de interés compuesto! Hoy sabemos que sucede todo lo contrario y que hay floraciones y decaimientos, pero de ello no se enteran, no quieren enterarse los laicos de nuestra administración.

Se quedó pues, México, a consecuencia de las leyes de Reforma, como el único país oficialmente ateo de la tierra. El único en que el nombre de Dios está proscrito y aun provoca la burla de cierto rufianismo seudo científico, seudo ilustrado. La triste condición de nuestra patria, en lo moral y en lo económico, en su política extrema e interna, es un buen ejemplo del resultado de semejante moral desquiciadora. En vez de Dios se nos han querido ofrecer a la adoración pública, mitos de segunda, como la patria que no tiene ningún sentido, si no es concebida como persona moral que sobrevive al tiempo y a las circunstancias materiales, ligándose con los valores eternos del espíritu, que, en todo caso, superan a todas las Patrias.

Se ha hablado mucho de las enormes riquezas del clero y de la necesidad de ponerlas en circulación para fomento de la economía pública angustiada. Parece mentira que esta patraña se repita sin descanso en un país que después de la Reforma religiosa, todavía tuvo tierras nacionales vacantes para enrique-

cer a los centenares de compañías extranjeras que hoy usufructúan la mejor parte de la propiedad raíz de la República. Pero suponiendo que hubiese existido la necesidad de recortar la propiedad territorial de la Iglesia, ello debió hacerse, no por medios radicales de total desposesión, sino por medios razonados. En todo caso, debió dejarse a la Iglesia en posesión de sus templos y de las casas curales y fundaciones de Beneficencia. Pues a la simple economía de un pueblo conviene que existan muchos ciudadanos establecidos en propiedades intocables. Cada cura era el centro de una pequeña familia mexicana y en cada cuarto se hospedaban mujeres solteras, tías, hermanas, sobrinas, queridas si se quiere, pero bocas mexicanas que tenían asegurado su pasar. Y al ser confiscadas, rematadas las casas, los huertos de los curas, infinidad de nacionales quedaron en la calle. Por otra parte, es bien sabido que ciertas órdenes religiosas dedicadas a la cultura y al trabajo material, como los benedictinos, los franciscanos, los dominicanos, etc., son factor de producción incomparable y representan un elemento económico de estabilidad que no puede ser reemplazado con ventaja. Y nadie que tenga un grano de patriotismo negará que estaban mejor los huertos de los conventos en posesión de mexicanos junto con ciertas tierras anexas a los conventos, que como están hoy esas huertas y esas tierras, en manos de compañías anónimas que remiten sus utilidades fuera del país o las emplean en el país, pero en beneficio de las colonias extranjeras que han ido prosperando a costa del mexicano y, en muchos casos, nada más porque el mexicano ha visto su casa y sus bienes deshechos a causa de la intolerancia, la venganza de los políticos.

Las leyes de confiscación general contra una clase son siempre antieconómicas y no las da ningún pueblo civilizado. La única manera fecunda de limitar el poder de una clase está en las leyes indirectas y en las disposiciones igualitarias que obligan a vender al que tiene demasiado. El caso de los latifundios de la Iglesia debió resolverse igual que el caso de los latifundios de los particulares, por medio del impuesto progresivo que obliga a fraccionar. De esta manera el núcleo de las propiedades queda en poder de los que por larga permanencia en el suelo

nacional, se han arraigado y se han convertido en mexicanos productores, o sea la fuerza social de un país.

La confiscación general del clero fué el antecedente de la confiscación general de los propietarios mexicanos, que ha consumado después la revolución de Carranza, siempre en beneficio de las grandes compañías, los grandes propietarios de los Estados Unidos. El clero de México quedó proletarizado en la Reforma y la población mexicana rural está siendo proletarizada en la actualidad, por la segunda racha de las confiscaciones, seudorrevolucionarias.

Los tesoros de la Iglesia, tesoros artísticos inapreciables, a causa de las confiscaciones impremeditadas, desordenadas y salvajes, han ido a parar a los Museos de Estados Unidos y a las casas de los ricos de Norteamérica. Los tres mejores siglos del arte mexicano han quedado de esta suerte convertidos en ruinas, sin que nada de lo que hoy se hace pueda aspirar al reemplazo de lo destruido.

Pero no sólo se amortizó la propiedad eclesiástica. Por una de esas aberraciones propias de todo fanatismo, y queriendo disimular el aspecto de odio religioso, las leyes de Reforma consumaron la destrucción de todas las personas morales; obligaron a la división de todas las propiedades de comunidad. Las comunidades indígenas que, desde los tiempos de la Colonia, disfrutaban de tierras apartadas para su servicio, fueron obligadas a fraccionar. Así como hoy priva la exigencia teórica de la colectivización, los falsos economistas de la Reforma estaban enamorados de la "individualización". Y creyeron consumir un progreso repartiendo entre los vecinos las tierras de la comunidad. El resultado fué que los vecinos empezaron a vender, y traspasar sus fundos. Y arrojadas las tierras de comunidad al mercado, el más listo se hizo de ellas; el latifundista más inmediato las compró a vil precio y los indios vieron empeorada su suerte. Y resultó que no sólo los clérigos mexicanos quedaron proletarizados, sino también los indios. La sabia institución española del ejido, que tan buenos frutos dió durante más de tres siglos, quedó deshecha, en beneficio de un latifundismo que, a partir de la Reforma, comenzó a ser predominantemente extran-



jero. Y no extranjero español, que eso no es extranjero desde el momento en que los hijos del español se hacen mexicanos. Por extranjero deberemos entender siempre a los nacionales de pueblos que no se funden con el nuestro, no abrazan nuestro destino, lo dominan y lo explotan.

La Reforma, pues, proletarizó a las comunidades indígenas. Y es de una ironía dolorosa considerar que fué Juárez, un indio, quien privó de sus tierras a sus compatriotas que la ley española había elevado a la categoría de propietarios.

La Beneficencia Pública mexicana también quedó proletarizada, deshecha, a consecuencia de las Leyes de Reforma. Inconcebible resultaría si no existiese evidencia de la ignorancia infinita de los reformadores, que no se hubiese pensado en crear una excepción a la ley de manos muertas en favor de hospitales y asilos, casas de salud y de beneficencia. La teoría prevaleció sobre la reflexión más elemental, y también las tierras de las fundaciones privadas, los bienes raíces afectos a obras de piedad y de beneficencia, fueron entregadas al rematador. Por eso vemos hoy que México no tiene hospitales ni asilos. En los Estados Unidos, en cualquier país civilizado, las fundaciones piadosas viven y se enriquecen mediante donativos y legados de casas y haciendas. En México toda Institución que recibe un legado en bienes raíces tiene que venderlo. Por eso, propiamente, no existen entre nosotros las personas morales afectas al auxilio del desvalido.

La teoría era que el Estado debía encargarse de estos servicios. ¿Pero, cómo los paga el Estado? Los paga del presupuesto, de los ingresos anuales por concepto de contribuciones. Ya se imagina lo que es un hospital subordinado a las contingencias económicas de gobiernos inmorales y manirrotos. Eso son nuestros hospitales. ¡Una caricatura de servicio público!

Los Colegios y las Universidades también fueron desposeídos. La ley de manos muertas no respetó a nadie. Y hoy la Universidad más antigua del continente, la Universidad de México, privada de capitales, vive de la mendicidad, es decir, no vive, agoniza. En cambio, en Texas, la Universidad, persona moral reconocida y gran propietaria, debe su riqueza y su vida fecunda a los bienes raíces que le concedió la República, por la

misma época en que nuestros repúblicos se creían avanzados y progresistas porque dejaban sin tierra a la Universidad.

El odio religioso, asociado a la prohibición de poseer bienes raíces, ha producido la situación vergonzosa que hoy se ve a lo largo de la frontera del Norte. Del lado mexicano no hay sino garitos explotados por los más altos funcionarios. Y del lado americano, al amparo de una ley que reconoce la propiedad de manos muertas, vemos manzanas de edificios deslumbrantes dedicados a colegios, conventos, talleres, laboratorios. En gran número de casos estos edificios han sido levantados con donativos de mexicanos, que en su patria no estaban seguros, y también un gran número de los alumnos de estos planteles son mexicanos que tienen que emigrar para educarse.

La supresión de los conventos produjo esa otra calamidad, la desaparición de colegios para la enseñanza de la mujer mexicana que hoy va por centenares a educarse en inglés, ya que en su patria el Estado ni quiere ni puede sostener internados respetables, mantener colegios dignos de un país civilizado.

Ninguna de las Instituciones elementales de la civilización podrá funcionar en nuestra patria, mientras perdure el fetichismo de la intocabilidad de las leyes de Juárez.

### *LA POLITICA DE LAS CONCESIONES*

Eran muchos los servicios que Juárez tenía que pagar a sus protectores norteamericanos. Estas deudas fueron la causa de que se pudiese de nuevo en obra otra fracción del viejo plan Poinsett: la entrega de los recursos nacionales al extranjero. . . Juárez fué pródigo. La Baja California la repartió por paralelos entre tres concesionarios de habla inglesa. A una infinidad de amigos y protegidos se hicieron concesiones parecidas. El cumplimiento de estos compromisos, se disimulaba con la doctrina desleal de que "el extranjero era el llamado a desarrollar los recursos de la nación". La construcción de los ferrocarriles, de México a Puebla y el de Veracruz, se inició en la administración de Juárez. No es que hubiera en el gobierno una política de caminos. Toda la preocupación del gobierno era poner en obra las leyes de Reforma, perseguir monjas y confiscar bienes

eclesiásticos y sofocar pronunciamientos. Pero los ferrocarriles se estaban construyendo en todo el mundo ¿por qué México se había de quedar sin rieles?

Por lo menos, no hubo en torno a Juárez aquella camarilla de aduladores que enriqueció Porfirio Díaz y que atribuían a la capacidad de estadista de don Porfirio, el hecho de que los norteamericanos construyesen en nuestro territorio ferrocarriles a precio excesivo para la Nación. Pero la política del despilfarro de los bienes nacionales en beneficio de contratistas y negociantes extranjeros, comienza, como era natural, con el gobierno juarista que representaba el triunfo de la influencia norteamericana, sin cortapisas.

### LA ADMINISTRACION DE LERDO

Juárez se reeligió en condiciones que suponían una farsa del derecho electoral. Lo único que se ha alegado para disculpar la ambición de mando que todos reconocen en el héroe de la Reforma, es que en lo personal se mantuvo honesto. El, como todos los principales jefes de la Reforma, tiene la honra de no haber lucrado con los puestos públicos. Pero suele ser muy relativa esta honradez. Una de las hijas de Juárez se casó con uno de los enriquecidos en la venta de los bienes del clero. ¿Y para qué quiere un hombre ya viejo dinero, si ha logrado colocar a sus hijos en la abundancia? De todos modos, conviene señalar este rasgo de los hombres de la Reforma, que no fueron, como los gobernantes posteriores, ávidos de dinero mal habido.

A la muerte de Juárez, tomó el mando Lerdo como Presidente de la Suprema Corte, y el 1º de diciembre de 1872, como Presidente electo.

Era la primera vez quizás que subía a la presidencia un hombre ilustrado e inteligente. Por desgracia, no honró esa inteligencia con labor alguna constructiva. Es fama que se pasaba la vida en comilonas. Su temperamento era de escéptico, pero eso no le impidió exacerbar otra vez la persecución religiosa. Expulsó a los jesuitas. Y, lo que Juárez no había querido hacer, consumó la expulsión de las hermanas de la caridad en número de cuatrocientas diez, entre ellas trescientas cincuenta y cinco

mexicanas que asistían a unas quince mil personas en la República. Y por una parte salían las mexicanas católicas y por la otra entraban los misioneros protestantes. También Lerdo era instrumento del Plan Poinsett. A los protestantes recién inmiscuados se les regalaban templos católicos y edificios que habían pertenecido a la Iglesia, como el Hospital del Salvador y el templo de San Francisco, en la Capital de la República. A otra congregación de protestantes dirigidos por el norteamericano Riley, D. Matías Romero, Ministro de Juárez, le vendió la Iglesia de San Francisco. La Iglesia mexicana estaba sin amparo y a merced de sus propios hijos renegados.

En cambio, la Iglesia católica de la región conquistada en el cuarenta y siete, la Iglesia de California, había entrado a la protección de las barras y las estrellas, y no obstante ser mexicana, obtuvo apoyo para exigir del gobierno mexicano una indemnización por las confiscaciones del Fondo Piadoso de California. Este caso nos demuestra la diferencia que hay entre una barbarie disimulada con el antifaz de leyes antisociales, y un Imperio que, aun a lo que es extraño a su tradición, le otorga las garantías humanas, sin las que la vida social es un desastre.

### *QUIENES FUERON LOS TRAIADORES*

Es usual que el partido vencedor arroje sobre los vencidos precisamente el reproche que para sí más teme. La insistencia con que los juaristas acusaban de traición a la patria a los imperialistas, es ya de por sí sospechosa. Lo cierto es que no existe el menor fundamento para afirmar que la invasión francesa tuvo por objeto someternos a la soberanía de Napoleón; ni siquiera está probado que de parte de Francia hubiese la exigencia de una porción del territorio nacional en pago de los servicios de su ejército. De triunfar el Imperio, es claro que hubiéramos tenido que pagar los gastos de la intervención francesa, lo que no hubiera sido sino natural y lógico. Y ya sea con Maximiliano a la cabeza o con un gobierno de nacionales, según lo pensaron muchos franceses, México hubiera disfrutado un grado de soberanía que no hemos conocido, después del triunfo de los liberales supeditados a los Estados Unidos.

Y también a causa de que el partido juarista se quedó con el poder, ha sido costumbre pasar como sobre ascuas en el comentario de las circunstancias bien conocidas y comprobadas que contribuyeron a su éxito. Examinaremos esas circunstancias, sin ánimo de acusar ni de excusar, sino tan sólo para establecer la verdad.

El proceso histórico se verá más claro si seguimos con Bulnes y con Sierra el análisis de la política de Juárez, que es el símbolo de todo el movimiento reformista. En rigor, tanto Bulnes como Sierra son juaristas.

Había en el partido liberal el grupo de los puros, o sea de políticos del tipo de Ocampo, desinteresados y honestos, pero no inmaculados, pues el mismo Ocampo tiene encima la responsabilidad de su irresponsabilidad frente a los Estados Unidos, según lo prueba el tratado que lleva su nombre y es su baldón.

Los reformistas habían hecho concebir al país la esperanza de que harían desaparecer el régimen de fuerza que pesa sobre el voto, para designación de las autoridades supremas, que después tienen que recurrir al atropello y la tiranía para sostener la obra de la usurpación. Sin embargo, los liberales, una vez triunfantes, se dedicaron a violar sistemáticamente el voto con el pretexto de que, siendo católica la mayoría nacional, unas elecciones sinceras los arrojarían del poder.

La reelección de Juárez fué un golpe al sufragio y una burla al sistema democrático que repugna la continuidad de un hombre en el poder. A tal punto disgustó a los mismos liberales, que creó entre ellos divisiones que costaron sangre.

La elección de Lerdo, en condiciones en que él mismo ocupaba la Presidencia provisional, volvió a dar pretexto a los descontentos y preparó el terreno para el pronunciamiento de Tuxtepec. La salvaje persecución de Lerdo a las hermanas de la caridad, colmó la paciencia pública y permitió que todos los ojos se volvieran a Porfirio Díaz como una esperanza. Pero el acceso de éste al poder, por medio de una revolución armada, echó abajo toda la obra política de la Reforma. El triunfo de Díaz representaba la restauración del Iturbidismo, el Santanismo, apoyado otra vez en las bayonetas.

El gobierno de Juárez no puede ser calificado de dictatorial, y según Bulnes, fué más bien parlamentario, porque Juárez, en su pasividad, dejaba hacer a todo el mundo y sólo se preocupaba de presidir.

Ante el extranjero, la posición de Juárez nunca fué inquebrantable sino, al contrario, todo lo más flexible que pueda darse.

El tratado Mac Lane Ocampo no se aprobó porque no convenía a los republicanos yankees en aquel instante, fortalecer a los del Sur, pero *ese tratado es peor, reconoce Bulnes, que el tratado de Miramar, que hizo Emperador a Maximiliano*. Y es claro que Bulnes tiene razón.

Ante la misma Francia, fué débil Juárez al aprobar las reclamaciones de Jecker. También reconoció Juárez las reclamaciones de España. Y no supo aprovechar el retiro de Inglaterra. No supo ver que Inglaterra se negaba a apoyar el plan de Napoleón, porque nunca se ha prestado a fortalecer el imperialismo de Francia. En cambio, ante los planes de Estados Unidos, Inglaterra sintió la solidaridad anglosajona. A esta actitud la califica ingenuamente Bulnes de clara y leal y dice, refiriéndose a Inglaterra en las conferencias de la Soledad: "cobró y dió vuelta". Pero esa vuelta la dió para dejar comprometidos a españoles y franceses, en beneficio de los Estados Unidos y de Juárez que los servía.

La actitud del Ministro de Juárez en Washington, don Matías Romero, es de aquellas que ameritarían el cadalso en un país consciente y organizado. Apenas concluida la guerra de secesión y sin esperar a que los Estados Unidos, por su propio interés, arrojasen de México a los franceses, Romero se dedicó a incitar a los políticos norteamericanos a que pasasen a nuestro territorio, con el pretexto de echar fuera a las tropas francesas.

Don Matías Romero fué el director de los políticos liberales que estuvieron exigiéndole a Grant que "aprobase la creación de un ejército de cien mil hombres que debía mandar Sherman para invadir a México y echar fuera a Maximiliano". Sherman no aceptó el mando de este ejército, y entonces se decidió poner al frente del mismo al general Schonfield, recomen-

dado por Grant. El Convenio Romero-Schonfield (Correspondencia de Matías Romero, tomo V, pág. 297, mayo 6 de 1865) establece un reclutamiento de cuarenta mil norteamericanos.

Ante este hecho perfectamente comprobado, cabe preguntar: ¿Quién era el traidor: Almonte reclutando franceses, o Juárez, o Matías Romero, reclutando a los que veinte años antes, en el cuarenta y siete, nos habían quitado media República? ¿O es que entregarse al anglosajonismo no es traición? ¿Es progreso? Así lo pensaban subconscientemente no pocos hombres de la época.

Pese al entusiasmo del general Grant y de don Matías Romero, el ejército invasor yankee no llegó a reclutarse porque Mr. Seward, el Ministro de Relaciones yankee, comprendió que no era necesario, puesto que Francia se retiraría de México ante la sola amenaza de guerra con los Estados Unidos. Y se dió el caso, (véase Bulnes, *El Verdadero Juárez*), de que Mr. Seward tuviera que dar una lección de decoro patriótico a Romero, el Ministro de Juárez, diciéndole "que era más honroso para los mexicanos salvarse con sus propios recursos".

Y no hubo ejército invasor, pero sí aprovisionamientos de armas en cantidad y a crédito, o simplemente obsequiados. De Nueva York, de Nueva Orleans, salieron armas y municiones destinadas a los ejércitos de Juárez que empezaban a luchar con Maximiliano abandonado ya por los franceses. Pero D. Matías Romero insistía en que así como Francia había mandado tropas, los Estados Unidos hicieran lo mismo. En cierta ocasión Seward, que le tomaba el pelo, le dijo: "que estaba seguro de que si un ejército de los Estados Unidos iba a México, no regresaría".

El mismo Bulnes opina que Juárez tuvo derecho para pedir el auxilio del ejército yankee, contra los franceses, *pero no batir a Maximiliano, una vez que ya se habían retirado los franceses*. Desde ese momento, Maximiliano era el jefe de un partido mexicano. Y había traición en querer batirlo con fuerzas de una nación extranjera.

Pero nosotros no admitimos que se equipare invasión francesa con invasión yankee, primero porque los franceses son nación latina que no podía destruir nuestra cultura, y sí más bien

la han beneficiado, y segundo, porque los franceses nunca nos han arrebatado territorios, nunca se nos han presentado como conquistadores.

Ni para la aplicación de las leyes de Reforma fué Juárez inflexible, pues si bien expulsó a todas las monjas mexicanas, cuando tropas del gobierno invadieron el convento de las hermanas de la caridad donde había una mayoría de franceses, Juárez revocó su orden ante la reclamación violenta del Ministro de Francia.

Sólo ante la condena a muerte de Maximiliano fué Juárez inflexible. Todo porque el reo estaba ya abandonado de Francia y porque Austria no tenía escuadras. Sólo para imponer la muerte a un vencido, no vacilaron ni él ni Lerdo, olvidándose del dicho de un monarca español ya citado que no quiso ni presenciar un auto de fe: "porque el Monarca o el Ejecutivo sólo debe presentarse ante sus súbditos para consumir actos de perdón".

La más augusta facultad del Soberano, la gracia, fué ignorada por Juárez. Como que únicamente los fuertes, los grandes, saben ser misericordiosos.

Y lo más piadoso que como historiadores podemos decir, es que si no fueron traidores los liberales, no lo fueron mucho menos los imperialistas.

Se equivocaron ambos como se equivoca todo aquel que no busca la salvación nacional dentro de las fuerzas interiores que constituyen una patria.





**PORFIRIO DIAZ**



En Oaxaca se consumó una de las más firmes cristalizaciones de lo español y lo indígena. El mexicano tipo es mezcla de español y de indio. El valle de Oaxaca fué desde el principio un islote hispánico en medio de serranías pobladas densamente por aborígenes.

Lo mejor de la conquista, el propio Hernán Cortés y muchos de los suyos, eligieron el valle de Oaxaca por marquesado. Las casas, las Iglesias, los Palacios de Oaxaca, ostentan el blasón de la robusta arquitectura romántica y barroca española. Los viejos apellidos denunciaban el abolengo de Castilla. La mezcla con las sangres indígenas es más bien posterior a la Colonia. Todavía en la época de la Reforma, la capital oaxaqueña era blanca. Y en ella, la masa indígena se educaba. La tiranía de Santa Anna encontró en Oaxaca la vieja resistencia de la casta española, contra los abusos del poder público. La antigua piedad castellana floreció en Oaxaca en el alma de guerreros y de místicos. El trato no era allá reservado según el temperamento indígena, sino llano y afable a la vieja usanza castiza. En este medio refinado y recio plasmó el carácter de Porfirio Díaz. En su fortaleza hay algo de la cantera nativa que se hace obra de arte bajo la talla de los artífices de España. A Díaz le faltó el labrado. Pero su alma fué el bloque en torno al cual un país enfermo halló la paz malsana de treinta y cinco años de dictadura.

En Díaz no hay conflictos de sangre ni de ideas. En su organismo la vena mixteca se ha fundido con la vena española, creando un equilibrio firme. Y sus ideas son demasiado escasas para que puedan librar batalla.

La sangre española lo defiende de las claudicaciones totales en que cayó un Juárez, el indio puro que no pudiendo sentir en el ánimo las ventajas de la conquista ibérica, se entregó sin re-

servas a la nueva influencia nórdica. Por mestizo Porfirio Díaz es mexicano, en tanto que Juárez sólo fué un indio. La falta de ilustración, su poca capacidad impidieron que Díaz abarcase el problema de su pueblo. Pero el hecho de haber abrazado con sinceridad la política de conciliación religiosa, es ya una prueba de que rechazaba, repugnaba el plan Poinsett que Juárez adoptó sin escrúpulos.

Más mexicano que Juárez, también tiene Porfirio Díaz ventajas sobre Santa Anna, el bajo criollo desleal. Santa Anna era en todo un rufián. Porfirio Díaz sentía la repugnancia del robo. A menudo porque era Dictador —y una dictadura no puede moralizar—, Díaz dejó que sus amigos robaran, pero la codicia no fué nunca en él pasión dominante. . .

Como jefe de clán, Porfirio Díaz es el más capaz de los gobernantes de la República. Como estadista nunca tuvo tamaños. Nunca se dió cuenta de que el progreso material que invadía la República era parte de un desarrollo al que no escaparon ni Turquía ni la China. Y, por lo mismo, no supo utilizar ese desarrollo en bien de sus connacionales. Se puso, al contrario, de la manera más ignorante y más servil, al servicio del capitalismo extranjero que lo usó de gendarme, de guardián de sus propias fechorías.

Y así, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, toda una nación de dieciséis millones de habitantes fué despojada de sus tierras, de sus aguas, de su petróleo, de sus minas, de su porvenir.

Combatiente tenaz de la dictadura santanista. Porfirio Díaz, menos general que Escobedo, es, sin embargo, una figura de relieve en la lucha contra los franceses: vencedor unas veces, derrotado otras, dos ocasiones prisionero, de ambas escapa a fin de ponerse de nuevo en acción. Su pecado, una vez restaurada la República, es su ambición presidencial que lo lleva al asesinato de la democracia mediante el triunfo del plan pretoriano de Tuxtepec.

Echó abajo, de esta suerte, el primer esfuerzo de régimen electoral generalizado. Pues si es verdad que el sufragio quedó lastimado con la reelección de Juárez, con la reelección de Lerdo, también es cierto que las Cámaras funcionaron legítimamente y

que, en general, hubo elecciones relativamente honestas en todo el período reformista. Para la restauración del pretorianismo, Díaz aprovechó astutamente dos circunstancias: una fundamental y la otra accidental. Fué la primera, el descontento creado por la aplicación intransigente de las leyes de Reforma en materia religiosa. La segunda fué el desagrado de las tropas republicanas, por la medida poco noble de Juárez al licenciar, sin compensación, dos tercios del ejército, a la vez que él y sus Ministros se hacían pagar los sueldos atrasados de los años en que anduvieron prófugos. Era, sin embargo, tan grande el poder de la legalidad, que Juárez pudo darse el lujo de derrotar a Porfirio Díaz cuando éste pretendió derrocarlo por virtud del Plan de la Noria. Y probablemente nadie se hubiera vuelto a acordar del caudillo oaxaqueño, mediocre figura desde la oposición si no fuese porque Lerdo agotó la paciencia nacional con su desidia, su egoísmo, su valentía para perseguir monjas. Pronto el que no tuvo inconveniente en usar soldados contra indefensas mujeres, demostró no saber usarlos para defender su legalidad.

Reaparece Porfirio Díaz en escena tras de una odisea sin gloria. Derrotado en Tehuantepec, prófugo por Panamá y los Estados Unidos, vencido en Icamole, pero tenaz en la intriga, promete al clero la tolerancia religiosa, incita a los descontentos y triunfa, por fin, gracias al pronunciamiento de Tuxtepec. Entró por la fuerza y tuvo que sostenerse por la fuerza. Y si duró más que Santa Anna es porque a diferencia de su Alteza, Porfirio Díaz no se enriquecía, no se tomaba para sí los fondos públicos; vivía sobriamente y dejaba enriquecerse a sus amigos porque tal es el pacto implícito de los servidores del despotismo.

En todo caso, Porfirio Díaz hace retrogradar nuestra historia política otra vez al santanismo, al iturbidismo, al régimen de cuartel. Su gran obra, quizás la única, es la política de conciliación que puso en olvido las leyes de Reforma, aunque sin derogarlas. Bajo Porfirio Díaz la Iglesia vuelve a adquirir bienes; los Conventos vuelven a establecerse. Y en estos aspectos, Díaz devuelve a México a las condiciones de la vida civilizada.

El Plan de Tuxtepec tuvo éxito rápido. Arrojado Lerdo de la capital, con el pretexto de que se había reelcto, las elecciones

celebradas inmediatamente después hacen presidente a Porfirio Díaz el 12 de mayo de 1876. En vano los lerdistas intentan el castigo de los usurpadores. El general Escobedo, en el norte, acaudilla el partido de la legalidad, pero es derrotado. El país estaba cansado de la política jacobina, tan implacable contra los enemigos interiores, tan poco decorosa frente a las exigencias del extranjero, al que debía el poder. Todavía la legalidad y las logias, sirven a Lerdo para evitar que fuera reconocido por los Estados Unidos Porfirio Díaz. Pero éste gobierna tranquilamente *sin el reconocimiento*, y al cabo de dos años de autonomía y estando consumada la pacificación, el gobierno norteamericano se ve obligado a reconocer de jure, el gobierno de facto. Washington entró en relación oficial con Porfirio Díaz el 9 de abril de 1878. Pero el país no se conformaba con la tiranía.

Una sublevación efectuada por los lerdistas de Veracruz en junio de 1879, coloca a Díaz en posición de déspota que tiene que recurrir al terror y a la deshonra para sostenerse. Un grupo de patriotas es sacado por la fuerza de sus domicilios y fusilados sin formación de causa a pretexto de que conspiraban. Tocó al general Mier y Terán cumplir la famosa orden: "mátalos en caliente". Lo detuvo una vez en la calle una mujer que, levantando en los brazos a un niño gritó: "Conoce al asesino de tu padre". El general Mier y Terán acabó loco de remordimiento. Díaz, que era igualmente culpable, echó carnes, se puso robusto y comenzó a aumentar en salud; según la proporción en que aniquilaba a sus rivales, se deshacía de sus enemigos. Durante todo su largo período no cesó de funcionar la llamada ley fuga que consistía en apresar a los disidentes y hacerlos matar en el trayecto de la cárcel al domicilio, con pretexto de que habían pretendido escapar. Así quedó establecida la paz que se llamó "de cementerio".

Con todo, al expirar su primer cuatrenio presidencial no se atrevió Díaz a reelegirse. La no reelección había sido su bandera. Entonces favoreció la elección de su segundo en el orden militar, el general Manuel González. La Administración de éste, dió al principio un alivio al país, muchos patriotas que se habían alzado de la Administración porfirista por considerarla espurea

puesto que procedía de un pronunciamiento, se incorporaron al Gobierno bajo la Presidencia de González. Sin embargo los porfiristas lograron crear en torno de Manuel González una atmósfera de desprestigio que tenía por objeto preparar la vuelta de Porfirio Díaz en calidad de salvador de la República. En 1884 tomó el mando que ya no abandonaría sino hasta mayo de 1911.

Se ha hablado mucho de los progresos que el país efectuó bajo el régimen porfirista. Generalmente no se advierte que coincide dicho régimen con la difusión de la máquina de vapor que en todo el planeta produjo una transformación del medio. Para poder juzgar lo que el progreso mexicano debe a Porfirio Díaz, sería menester comparar nuestras estadísticas de producción y desarrollo con las equivalentes de los países similares al nuestro, de la América del Sur y de las Antillas. Se vería entonces hasta qué punto retardó más bien nuestro progreso el militarismo porfirista. Si comenzamos por analizar el factor de la población, vemos que México llega bajo Porfirio Díaz a los catorce millones de habitantes, o sea poco más del doble de los seis millones que nos heredó la Colonia. El aumento de población de Argentina es desde menos de tres millones en la Colonia, hasta diez a principios del siglo. En Cuba se advierte un aumento desde menos de un millón, a casi tres millones en el mismo período, y Colombia sube de menos de tres millones a ocho. En cada uno de los pueblos exentos de militarismo, la población crece y la riqueza se multiplica. En cambio, la población se mantiene reducida en Venezuela, en Guatemala, en Bolivia y en México, países azotados por el caudillaje napoleonoide.

La emigración de los mexicanos a los Estados Unidos se hace imponente bajo el porfirismo. Los habitantes huyen de una patria tiranizada y se establecen allí donde, aun como extranjeros, disfrutan de las ventajas de vida civilizada.

El contraste bien conocido de la frontera de los Estados Unidos es otra demostración física de la esterilidad del porfirismo. Del lado norteamericano se han improvisado ciudades flamantes. Del lado mexicano las construcciones pobres y la miseria son el resultado del poderío arbitrario del Coronel jefe de las Armas, el cacique político, el agente de la dictadura, que es



dueño irresponsable de vidas y haciendas. El mismo mexicano de la frontera apenas consume un ahorro o gana un caudal, acude al lado norteamericano para ponerlo a salvo, para librarlo de la mano del militar que con pretextos vanos o sin pretextos, suele apoderarse de todo. El jornalero y el trabajador manual, privados en la época de Díaz, del derecho de asociación, quedaban a merced de todo género de abusos. Para toda esta gente, la emigración representaba una liberación.

El mal gobierno, pues, estuvo produciendo despoblación, durante los treinta y cinco años del porfirismo.

Siempre se ha sostenido que son los ferrocarriles la obra cumbre de la administración porfirista. Más o menos veinticinco mil kilómetros de vía férrea se tendieron en el período aludido. En la misma época, la Argentina, sin Porfirio Díaz, y más retirada del mundo industrial, se vió dotada de una red ferrocarrilera de veintisiete mil kilómetros, para una población menor que la nuestra. Colombia, por su topografía accidentada, ha ido más despacio en el desarrollo ferroviario, pero los ferrocarriles colombianos, construídos por nacionales, están poseídos en gran parte por intereses colombianos.

Los ferrocarriles mexicanos, en cambio, forman parte de todo ese engranaje de bienes y empresas entregadas al extranjero, por el sistema de concesiones y privilegios que inició Juárez y desarrolló Porfirio Díaz. En el caso de los ferrocarriles el estado mexicano tuvo que pagar hasta doce mil pesos por kilómetro de vía construída y todos esos dineros sirvieron para enriquecer a empresas extranjeras y a favoritos.

Para subvenir a estos gastos y otros por el estilo, se acudió al sistema ruinoso de los empréstitos. Ningún gobernante de México ha gravado tanto a la nación. El monto de la deuda pública, al salir del gobierno Porfirio Díaz, era de cuatrocientos treinta y ocho millones de dólares.

El no haber usado parte de este dinero para construir escuelas y presas es uno de los mayores delitos del porfirismo. Pero ¿cuándo se ha visto que un dictador fomente la educación pública? Todo lo contrario, la ignorancia de las masas es la única garantía de la continuación de los regímenes de fuerza.

En lo simplemente administrativo, Díaz supo rodearse de personal inteligente. La hacienda pública la organizó bien el célebre D. Matías Romero, el del proyecto de mandar sobre México un ejército de cien mil veteranos de la guerra de secesión. En los últimos años del porfirismo la hacienda pública cayó en manos de un hombre capaz, Limantour. El mayor acierto de Limantour, fué su tendencia, ajena a la política liberal, de ligar nuestra economía con Europa y no exclusivamente con los Estados Unidos. Hasta qué punto esta política patriótica de Limantour contribuyó a que los Estados Unidos no viesan con malos ojos la caída de Porfirio Díaz, es cosa discutible. Pues si bien es cierto que Madero nada prometió en Washington y al contrario continuó la política hacendaria de Limantour, por lo pronto, los imperialistas sintieron alivio de que Díaz cayera, y contribuyeron a derrocar a Madero, tan pronto como se dieron cuenta de la política todavía más independiente que éste iniciaba.

La supresión de las alcabalas o aduanas interiores fué, acaso, la medida trascendental de Limantour. Ella unificó el país y dió un golpe de muerte al funesto federalismo que ya sólo existe en el papel.

La moralización de los servicios de recaudación y, en general, de todo el personal administrativo, es otro beneficio porfiriano que requiere un Presidente que no robe, pues el ejemplo ha de venir de arriba. Madero continuó la política de honradez que más tarde se vino abajo, en el caos de los espurios gobiernos posteriores. Por desgracia, el porfirismo, que moralizó el personal inferior, no pudo evitar, como no lo evita ningún despotismo, que en las altas esferas los más escandalosos negocios prosperaran al amparo de la influencia política.

La nacionalización de los ferrocarriles, que siempre debieron ser mexicanos, fué emprendida tardíamente por Limantour y en forma onerosa, deshonesta y ficticia. Pues en lugar de comprar las acciones en el mercado, se acumularon éstas en manos de negociantes que en seguida las pasaron al gobierno a precios elevados. Y aunque el gobierno posee el cincuenta y uno por ciento de las acciones, los bonos hipotecarios que valen más que

todo el sistema, están todavía en poder de extranjeros que en cualquier momento pueden decidir el remate.

En torno a los grandes negocios de la época, se construyó el grupo apodado de los "científicos", porque, según Justo Sierra, obedecía a una política fundada en la "ciencia positiva", ya no en el liberalismo jacobino. La economía política, la sociología, eran las normas. Y la doctrina oficial, la del evolucionismo spenceriano, que venía a ser como la coronación de la tesis de Poinsett, puesto que en nombre de la ciencia se justificaba la entrega de los recursos de la nación a los aptos, los superiores, los fuertes, o sea los anglosajones; con desdén de todo lo latino y más aún, de todo lo mexicano, condenado por indio, por mestizo, por español. Tal criterio y la codicia de los comisionistas de influencia y los negociantes del régimen, dieron por resultado que todos los recursos del país se despilfarrasen en concesiones a extranjeros, con el pretexto de la colonización y de la rápida explotación del territorio.

En nombre del progreso... de los extranjeros... se despojó a los nacionales de sus tierras y al país de su petróleo.

La causa inglesa de Pearson, coludida con hombres influyentes del régimen, obtuvo contratos onerosos de obras públicas que debieron ejecutar los ingenieros del gobierno, y las concesiones petroleras del Istmo y del Sur de Veracruz. El resto de la zona petrolera fué otorgado a la Standard Oil, por Tampico, y a la Huasteca. El gobierno sólo se reservó en estos contratos una participación nominal. Y el resultado ha sido que, sin saber bien lo que se daba, pues se otorgaban los privilegios sobre el mapa, todo el petróleo del país pasó a manos de ingleses y norteamericanos. Y apenas si algunos políticos y allegados del Dictador obtuvieron unas cuantas acciones liberadas, poseídas en secreto. Los millones del petróleo mexicano no dejaron a la región explotada ni siquiera el provecho de un buen edificio para escuela.

En materia de tierras también hubo injusticia tan grande que determinó rebeliones como la de los yaquis en Sonora. Pues eran otorgadas a título de baldíos y terrenos nacionales a compañías extranjeras, extensiones enormes, sin tener en cuenta los derechos de los pobladores. Cuando éstos, sintiéndose desposeí-